

... narrativa

poesía ...

**2007**  
certamen jóvenes  
**CREADORES**  
madrid



madrid











# ÍNDICE

## NARRATIVA

Premios	Nombre	Página
Primero	Juan Jacinto Muñoz Rengel	14
Segundo	Javier Siedlecki Wullich	24
Accésit	Enrique Edgar Rodríguez Garrett	28
Accésit	Francisco Miguel Sagra Martínez	42

## POESÍA

Premios	Nombre	Página
Segundo	Ángela Álvarez Sáez	54
Accésit	M <sup>a</sup> del Mar Sancho Sanz	62
Accésit	Alfonso García-Lomas Drake	70







NARRATIVA

# PRIMER PREMIO

## JUAN JACINTO MUÑOZ RENGEL

FECHA DE NACIMIENTO: 16/01/74.

### FORMACIÓN:

- Escritor. Cursó el doctorado en Filosofía y ha ejercido la docencia en España y en el Reino Unido.

### TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- En 1998 fundó la revista de filosofía y teoría literaria Estigma. Ha colaborado con revistas como Anthropos, Clarín o Barcarola. En la actualidad es profesor en la escuela de escritura creativa Fuentetaja de Madrid, y dirige el programa Literatura en Breve de Radio Nacional de España, Radio 5.
- En los últimos años su trayectoria como autor de relato corto ha sido avalada por más de cincuenta premios nacionales e internacionales, entre los que se encuentran los más relevantes del panorama literario en nuestra lengua, como el Fernando Quiñones, el Julio Cortázar de Cuba, el Miguel de Unamuno, el Premio de Relatos para Leer en el Autobús o el Premio Internacional de Relatos Cortos La Felguera, el certamen más antiguo de España en su modalidad. Asimismo, ha sido finalista del Premio Vargas Llosa de Novela 2005.
- Su libro de relatos, 88 Mill Lane (Editorial Alhulia), es una selección de historias fantásticas que transcurren en Londres, con prólogo del escritor argentino Pablo De Santis.

## LAS DISTANCIAS SUBTERRÁNEAS

Soy un hombre corriente que ha hecho un descubrimiento extraordinario. Sólo un hombre corriente al que el azar le ha concedido un descubrimiento extraordinario. Me lo tengo que repetir una y otra vez, y a veces creo que ésa terminará por ser la única frase que articule mi boca cuando mi cordura acabe por rendirse a la demencia de los años, y que las reverberaciones de mi tráquea cuarteada sólo sabrán dispensar por doquier el aforismo, al charcutero de Agustín de Foxá con San Ramón Nonato, o a su hijo, a mis nietos, al cartero que sube a entregarme una multa descarriada casi tan vieja como yo, mientras mis ojos, con el esmalte del iris desportillado, se perderán también en el círculo y el papeleo de los recuerdos.

Y aun así no me acabo de convencer. Mi descubrimiento es tan insólito que continuamente tengo que reprender a mis pies para que no se eleven del suelo, y no imaginarme por encima del bien y del mal. Y de esta forma alguien como yo, un hombre corriente y moliente, que no cree en el sino ni en las señales, tan huérfano y tan ateo, se sorprende a sí mismo una y otra vez creyendo que todo esto lo ha concebido un ser supremo desde otro plano, y que el descubrimiento le estaba desde antes de nacer ya destinado.

Esta mañana he vuelto a ver a Charlotte. He bajado a tomar un café y una baguette al Nero en el break de las doce y media, y allí estaba ella con unos compañeros. Después de comer me he quedado leyendo un rato el periódico en el sillón, con las piernas cruzadas y un cigarrillo consumiéndose en el cenicero, pero en realidad no estaba leyendo, sino mirándola a ella a través de los enormes pliegos del *The Guardian*, esperando la ocasión de intercambiarnos las miradas, porque al fin y al cabo el otro día ya estuvimos hablando, de algo, de los dulces, en la cola del mostrador.

Cuando miraba el reloj para ver los minutos que me quedaban, ha sido ella quien se me ha acercado (sus compañeros abandonaban el Nero amontonando las rayas de sus trajes ingleses en la pequeña escalera de caracol) y me ha dicho algo, pero no la he entendido, porque he intentado incorporarme y al descruzar las piernas he sentido el hormigueo de mi pierna derecha por completo dormida. Así que he sonreído, y he dicho algo con seguridad fuera de contexto; luego ella se ha quedado callada, y yo me he sonrojado, y he intentado remendar

precipitadamente la falla en la conversación, con fortuna, porque he mencionado algo de la comida y le he dado la ocasión a Charlotte para que me preguntara si tomábamos el lunch juntos mañana.

Esta tarde, a eso de las cinco, cuando he salido de la oficina, me he subido en el borde del estanque que recorre la avenida y he ido andando por él hacia Canary Wharf; nadie lo ha notado, pero mis pasos seguían un ritmo, y cada tres daba un paso más largo, casi un saltito. Entre los edificios de espejos se asomaban a mirarme las estrellas incrédulas, porque hacía mucho que no me veían bailar. Aunque en realidad no tengo motivos para estar contento, y ahora, usando el techo de mi habitación para proyectar mis pensamientos, no me puedo dormir, y me pregunto cómo le voy a explicar a Charlotte que mi vida está en Madrid, que vivo en Madrid, y que trabajo en Londres cada día, y todo sin revelarle nada acerca de mi descubrimiento.

Quién no ha estado en Oxford Circus, en pleno cruce de Oxford y Regent Street, embriagado por la riada heterogénea de gentes de todas las razas del mundo, sucediéndose frenéticas como los fotogramas de una película acelerada, y no ha querido ser todas las almas, vivir todas las vidas. Quién no ha querido ser todos los hombres para yacer con todas las mujeres, que con sus largas piernas de un sueño de Dalí entran y salen de las tiendas cargadas con grandes bolsas de papel, copular con la pelirroja irlandesa de piel sólo infamada por las pecas, con la mulata hierática de pupilas de vidrieras de ámbar, con la escandinava que despliega sus proporciones como una tarántula dorada y aria, con la nipona mínima bañada en una pátina de leche cremosa; quién no ha querido ser todas las mujeres para tener a sus pies a cada uno de los hombres de cada una de las épocas. Quién no se ha sentido recorrido por los ríos de gente del zoco de Constantinopla cuando era el corazón de un imperio, transido en cruz por las marejadas de rostros diversos de la plaza de La Bastilla, de la Plaza Roja, de la plaza del Capitolio. Yo lo he sentido, yo me he rendido al hechizo. Lo que me diferencia a mí del resto de los que han deseado ser muchos, es que yo he descubierto una forma de serlo.

A veces un hombre descubre una puerta que le comunica directamente consigo mismo, y con todos sus yoés posibles. Entonces, esas veces, hay que aprender a callar más que nada eso que te define, tu entresijo, tu cábala, tu cifra, lo que te comunica con todos tus recovecos y que de quedar abierta la puerta te dispararía como la marea se lleva las formas en la arena.

■ **PRIMER PREMIO “LAS DISTANCIAS SUBTERRÁNEAS”**  
JUAN JACINTO MUÑOZ RENGEL

No resistiré mucho más, lo sé. Hoy, después de desayunar en la cama zumo de naranjas importadas de España y tostadas de pan de molde con mantequilla, Charlotte se ha colocado frente al espejo de Ikea y ha comenzado a cepillarse el pelo, desnuda de cintura para abajo. Yo me he quedado mirando el cisma primordial de sus nalgas, cada vez más cercanas a mi pantalón, que se desperezaba sobre la silla; entre los retales del sueño he creído que las dos formas simétricas se fundían, y me he acabado de despertar con un sobresalto.

- ¡No toques mis pantalones! -le he dicho.

- ¿Cómo? -me ha preguntado ella distraída, acostumbrada a no entender mi inglés de recién levantado.

Hace ya días que nos acostamos, en su pequeño estudio de South Kensington. Yo llamo a mi madre (todavía vivo en casa) y le digo que estoy en el trabajo acabando un proyecto, o que estoy tomando algo con unos amigos en La Latina y que llegaré tarde, y luego no llego. El otro día incluso fui a casa, me duché, comí algo en la cocina con mis padres, de pie junto al fregadero, y luego volví aquí, a South Kensington.

- No, nada -le he dicho, comprendiendo que me estaba delatando de forma gratuita. Charlotte se ha puesto las bragas, y el cangrejo ermitaño de su pubis me ha guiñado antes de sumirse en su caparazón de nácar y encajes. Under the sea, under the sea, darling it's better down where it's wetter, take it from me, ha cantado.

Creo que lo que pasa es que quiero delatarme, en el fondo quiero que lo sepa. Porque no soporto la idea de que lo compartamos todo menos eso, eso que ha cambiado mi vida, porque no puede ser que no me importe que esta Charlotte risueña, directora de marketing de Twins & Co, sepa que el bulto bajo las sábanas es mi obscena erección, y que me importe que sepa que lo que abulta en el bolsillo de mi pantalón es el plano secreto que llevo elaborando durante años.

El plano. A estas alturas y no puedo decir que esté acabado, porque ni siquiera sé cuánto le falta para estar completo ni si alguna vez lo podrá llegar a estar. Lo que sí puedo decir es que no existe en el mundo un plano de metro tan completo como el mío. Si alguno de los que viajaban conmigo en mi vagón el día en el que empezó todo, hace ahora más de diez años, se hubiera levantado de su asiento y me hubiera preguntado:

■ **PRIMER PREMIO “LAS DISTANCIAS SUBTERRÁNEAS”**  
JUAN JACINTO MUÑOZ RENGEL

- Oye, tú, chaval, ¿cómo crees que va a acabar hoy tu día?

Yo me habría puesto firme de un salto y le habría respondido:

- Acabaré borracho, señor. Desparramado en el suelo de la fiesta de la facultad de medicina. Ahogado en un charco de formol. O, con un poco de suerte señor, en la morgue, haciéndole el boca a boca a alguna estudiante no demasiado muerta.

Y otros estudiantes del vagón, tan confundidos e impulsivos como yo, no hubiesen dudado en formar filas y corearme entonando toda la lista de psicofármacos comerciales:

- ¡El Halcion, el Halcion! ¡El Seconal, el Seconal! ¡El Desoxin, el Desoxin, el Desbutal!

Las señoras que iban a Nuevos Ministerios a hacer sus compras matinales, habrían entonces censurado moviendo sus cabezas:

- ¡La juventud, la juventud, la juventud!

Eso más o menos habría sucedido si alguno de aquellos pasajeros anónimos me hubiera preguntado qué esperaba de mi día. Nunca me hubiese imaginado que al bajarme de la línea diez -que había cogido al lado de casa en la estación de Chamartín, para cambiar en Nuevos Ministerios a la línea seis, en la que pensaba seguir hasta la Ciudad Universitaria-, me perdería en el enredo de túneles bajo la tierra y acabaría en Willesden Junction, en la zona tres de Londres, discutiendo en un inglés básico con una inspectora del London Underground que me pedía la travelcard y yo le enseñaba el metrobús.

Charlotte sospecha. Cuando me preguntó dónde vivía le dije en Holloway, por decir algún lugar lejano de su estudio, pero ya me ha sorprendido varias veces cogiendo líneas distintas a la Picadilly Line, que es la que me llevaría directo de su casa a mi casa. Y ha llegado la factura del teléfono, y tampoco se explica que llame a mi madre a España para decirle que no voy a ir a dormir a mi apartamento en Londres; cree que soy gilipollas, y una cosa es guardar un secreto trascendental hasta sus últimas consecuencias, y otra dejar que piensen que uno es gilipollas.

Las razones de más peso, que nos hacen tomar las decisiones día tras día, no tienen nada que ver con las razones teóricas, son pequeñeces mucho más caprichosas, mucho más ordinarias, alientos velados que intrincan sus raíces en la estimulación del ego o en eso otro que ahora me está pasando, en el deseo de querer compartir tu vida con alguien, para neutralizar tu sensación de soledad, aun a riesgo de que se venga abajo todo lo que has construido. Por eso ahora estoy subiendo a la planta de Twins & Co, y voy a coger a Charlotte de la mano en cuanto la vea, y la voy a llevar a Praga a golpe de metro, y dentro de quince minutos estaremos en Staroměstská, y lo primero que sorprenderá a Charlotte cuando salga de la estación será volver a ver el sol, porque aquí hace rato que ha anochecido y allí todavía quedan varias horas de luz, y nos tomaremos un café en la plaza de la Ciudad Vieja, frente al ayuntamiento y el reloj astronómico, mientras el sol nos dice adiós con sus doce manos, y tendré que explicarle todo para que cambie su expresión a la vez boquiabierta y un punto enfadada; todo desde el principio, aunque en ningún caso le daré mi plano.

Es curioso ver cómo el espacio nos mostraba una cara, plana y aburrida, casi inabarcable, y cómo con el tiempo hemos ido rascando la máscara hasta desnudar un rostro roto y picasiano, la arquitectura imposible de un Escher, una película de gelatina cuyos puntos distantes se van quedando pegados según la manipulamos con los dedos.

Para alguien que vive cerca de un aeropuerto es más fácil llegar a las inmediaciones del aeropuerto de la capital de otro país que a una aldea de su provincia. Para mí, París está más cerca de Bangkok que de Bruselas, Munich es vecina inmediata de Ontario y de Montevideo. Empleo doce minutos en llegar de Madrid a Londres, y una hora y diez en trasladarme de la estación de Willesden Junction, en el noroeste de la ciudad, a mi trabajo en Canary Wharf en el sureste, tomando dos líneas de metro, atravesando el centro, y cubriendo el último trayecto en tren con la línea de los Docklands Railway.

Por eso acaso mi vida es un tegumento viscoso, que se me queda pegado a la piel apenas avanzo un poco, y la mayoría de las veces parece que en lugar de avanzar retrocedo; por eso acaso hablo cuatro idiomas y no conozco la lengua de mi padre, domino los pasadizos secretos del mundo y me pierdo en Leganés y en Barajas, descanso mi cuerpo en una ciudad, trabajo en otra, y empiezo a tener el corazón en dos lugares.

Estoy tomando un café en la terraza de la pastelería Gerbeaud, en la plaza de Vörösmarty, en Budapest. He venido hasta aquí en mi propósito de completar mi investigación sobre las conexiones clandestinas del planeta. Tengo mi plano desplegado sobre la mesa, y me cuesta trabajo alcanzar mi café, porque la taza ha quedado debajo, y porque un pedigüeño, que lleva al hombro un acordeón pero no lo toca, revolotea a mi alrededor y repite en un perfecto inglés:

- Give me some change, please, some change.

A pocos metros veo la estación del "pequeño metro amarillo". Aquí debió de empezar todo. Es la línea de metro más antigua del continente, y todas mis pistas la señalan como posible centro del mundo. Pero no me puedo engañar; he venido aquí por algo más que por esto. Es la tercera vez que tomo café en el mismo sitio, en la misma mesa, mientras hago anotaciones ociosas en mi plano y en mis papeles. Y es que he conocido a Annamária, que ahora hace un rato que no me mira porque está atendiendo una mesa con dos familias numerosas de alemanes (ya nada es lo mismo con tanto paquete de viajes y tanta compañía aérea; todo parece un decorado de la realidad, por eso nunca entregaré mi plano, para no contribuir a que la tierra involucre hasta convertirse en un barato atrezzo de cartón piedra). Ahora sí, ahora sus ojos negros se han quedado clavados por un instante en los míos, y el café con leche se me ha hecho yogur en el estómago. Todavía no lo sé, pero dentro de dos semanas, el sábado, la mañana siguiente a haberme acostado con ella por primera vez, cometeré una estupidez y llevaré a Annamária al londinense mercadillo de Portobello. No obstante ahora, aún inmerso en el baile de dopaminas que me ha provocado la química de su mirada, para mayor contradicción, estoy escribiendo un poema a Charlotte en el margen de una servilleta de papel.

Como si hubieran empezado por la cabeza de otro, los pitidos del despertador sólo van cobrando fuerza en tu cabeza poco a poco, hasta que te perforan la esponja del sueño, dejan escapar la gasa de entelequias, que se enreda en tu pelo al fugarse, y te hacen abrir los ojos a la negrura del cuarto. Apagas el despertador. Todavía no sabes quién eres. No te has planteado cuál es tu nombre ni conoces el motivo por el que has de levantarte. Al fin te levantas más porque tu cuerpo obedece a los ciclos que porque hayas encontrado el motivo. Son las siete de la mañana, pero no sabes si estás en el meridiano de Greenwich, o si estás unos kilómetros más al oeste y tendrás que sumar una hora. Por supuesto no te

■ **PRIMER PREMIO “LAS DISTANCIAS SUBTERRÁNEAS”**  
JUAN JACINTO MUÑOZ RENGEL



planteas el año, quizá porque tu época es lo más accidental de todo, y podrías haber sido otro y otra toda la malla de tus amigos y coetáneos; sin embargo, la duda sobre si ponerte una corbata rosa a rayas o una azul y amarilla te asalta con insistencia, con imágenes claras y rotundas. Ahora sí: quién eres, cómo te llamas, en qué idioma estás pensando. A tu lado escuchas un resuello. Alargas la mano, alcanzas un pecho, enciendes la luz, y ves a Charlotte que se queja y se vuelve de espaldas a la lámpara de la mesilla, y entonces ya recuperas tus coordenadas, sabes qué susurrarle al oído, sabes que dentro de un rato estarás en una oficina desde la que se puede ver el observatorio de Greenwich por la ventana, e incluso resuelves el dilema de la corbata.

Hace unos minutos he cometido otro error. Estaba haciendo el amor con Charlotte y por un momento he creído que lo estaba haciendo con Annamária; no le he llegado a decir al oído su nombre, pero la he tocado como si fuera ella, le he hecho lo que a Annamária le gusta que le haga y no a Charlotte, y creo que he hablado en húngaro.

Ahora Charlotte fuma en su lado de la cama. Creo que no sabe por qué está enfadada, pero que de alguna forma se da cuenta de que algo pasa. No me gusta que fume en el dormitorio, aunque sea su dormitorio, porque luego el humo se queda dentro de todo. Ninguno de los dos hablamos, pero estamos por completo pendientes del silencio del otro. Yo quiero a Charlotte lo mismo que cuando comenzamos nuestra relación, hace ahora cerca de un año; puede que la quiera aún más, y sin embargo Annamária me tiene el estómago trenzado. Yo no pedí quedarme enganchado a Annamária, pero ocurrió, y fue así antes incluso de que hubiera hablado con ella, porque el ser humano es tan necio que tras una hilera de dientecitos perfectos y unos labios morados, tras unos ojos que parecen hablar con las refracciones de sus pupilas y el Morse de sus pestañas, imagina siempre algo que merece toda la atención de su universo, como si la ponderación de las facciones tuviera que ser secundada con equivalente armonía de las cavidades interiores. Annamária ha resultado ser superficial y distante, pero aún me sigue revelando perfecciones corporales que me mantienen en un estado de estupefacción, y eso no obstante no significa que mi Charlotte risueña, que ahora se disgusta en su lado de la cama, haya perdido una sola hectárea de sus dominios de amor.

- Levanta un poco -le digo, tirando de la sábana bajera, que mientras hacíamos el amor ha ido a parar toda a su lado de la cama por la tracción de sus

dedos, y pienso que quizá después de todo Charlotte tiene más de lo que le corresponde.

Charlotte levanta el culo y resopla. Yo en realidad me siento culpable, aunque no quisiera, y pienso que lo que pasa es que no estoy preparado para llevar las varias vidas que había planeado; para ser los muchos yoes que hay encerrados dentro de mí, que hay dentro de cada uno de nosotros. Me preocupa que todo esto me sobrepase, que alguien se haya equivocado al concederme a mí el descubrimiento, que quizá no debería haberle enseñado a Charlotte a ir a Starom?stská ni a Annamária a venir a Portobello.

Es ahora aquí de pie cuando me doy cuenta de que hay algo que he tardado en descubrir. Así como hay cosas que las he descubierto de forma anticipada, y una al menos antes que nadie, antes que todos los que en este momento pasean por el mundo su tramoya de huesos y músculo y voluntades, y antes que todos aquellos que han quedado prendidos en los renglones de los libros, así hay otras que se me han escapado, y hasta ahora mismo, leyendo esta nota, no he reparado en que la elasticidad del espacio y la de la moral corren siempre de forma paralela. Hawking y Kant se dan la mano, igual que Charlotte y Annamária se deben de haber aliado contra mí, porque si no nada explica la nota que ahora sostengo entre mis dedos atónitos.

Con la mano izquierda busco agarrar una silla en la que sentarme. La alcanzo al fin, me siento y vuelvo a mirar el papel. No escuché los crujidos del bien y del mal restallando conforme conseguía forzar las coordenadas de mi espacio, no advertí que aquella relatividad confusa era sólo la consecuencia de mi vértigo, por eso ahora estoy envuelto en esta circunstancia de la que no sé cómo salir. Creo que volveré a imantar la nota al frigorífico y que tendré que confeccionar una vez más un plano; pero esta vez, en vez de estaciones y transbordos, las muescas me habrán de indicar cómo desembarazarme de las capas más pegajosas de mi vida.

Me levanto, pongo la nota sobre la superficie del frigorífico, en la misma posición en la que estaba, como si así pudiera conjurar el habérmela encontrado, y sobre ella dejo caer el imán. La miro unos segundos más, porque nunca había visto los nombres de Charlotte y Annamária juntos en un papel, y aún no me explico cómo han ido a parar hasta ahí.

Otra vez estoy sentado en la mesa de la cocina americana del estudio de Charlotte. Son las siete, fuera es de noche hace tres horas, pero las estrellas no alcanzan a mirarme por la ventana, o ya no les intereso. Estoy sentado de espaldas a la nota. Me he bebido un zumo de naranja, y la marca de mis labios en el borde del vaso me recuerda una de las caras de la nota: Besos. Me esfuerzo en concentrarme en la etiqueta de la bolsa de naranjas, que asegura que han sido traídas de España, para no pensar en la otra cara de la nota. Ya no quiero pensar más por hoy en la nota, ni en supercuerdas ni en imperativos categóricos, me haré un sándwich y me iré a dormir, y hasta mañana. Mañana ya veré qué hago, cómo me las arreglaré para no pensar más en el reverso de la nota, en la cara de la nota que es una fotocopia del registro de propiedad intelectual de mi plano, con los nombres impresos de Charlotte y Annamária.

# SEGUNDO PREMIO

JAVIER SIEDLECKI WULLICH

FECHA DE NACIMIENTO: 21/07/81.

## TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- Javier Siedlecki (Buenos Aires, Argentina. 1981). En 2004 obtuvo una beca de creación en la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores, donde residió durante un año. Accésit del I Premio de Relatos Hiperbreves de la Feria del Libro de Madrid, ha sido seleccionado en el Certamen Jóvenes Creadores de Madrid 2005 y en el III Concurso Latinoamericano Mujer. En 2006 gana el primer premio del Concurso Internacional de Cuentos CRAPE. Sus relatos aparecen en las antologías Historias para viajes cortos, Carpio Diem y Capítulo tres: LEE.

## MANUSCRITO HALLADO EN UN POZO

El escritor camina por una ciudad, digamos Buenos Aires, dobla la esquina después de comprar medialunas para acompañar el mate que piensa tomarse con su mujer en un rato, cuando haya comprado el diario y vuelva por las calles semivacías a esta hora y en otoño. Hay ciertos barrios, ciertas calles en los que parece que siempre es otoño. Pero todo esto, las medialunas, el mate, la mujer y el otoño pasan porque dijimos: Buenos Aires. Si el escritor caminara por Taipei la ciudad no estaría semivacía y no compraría el diario porque no sabe chino, ni medialunas, y su mujer y el otoño se habrían quedado en Buenos Aires. La mujer del escritor no puede estar en Taipei ni en ninguna otra parte: hay hombres para los que no está hecho el mundo. Pero digamos que el escritor camina por Buenos Aires y entonces su mujer lo espera para tomar un mate y al doblar la esquina para comprar el diario y volver a casa, camina quince, veinte metros, y ve un pozo desde cuyo fondo se oye la voz de un hombre pidiendo ayuda.

El escritor, que atraviesa una crisis creativa en Buenos Aires, duda. No le interesa el hombre porque supone que alguien lo va a sacar, alguien llamará a los bomberos, alguien hará algo. Le preocupa cómo contaría su historia, la del hombre que atraviesa la mañana porteña pidiendo ayuda a nadie desde un pozo.

El pozo está en el medio de la vereda, las cintas de plástico rojo caídas al suelo, quizá desde antes de que cayera el hombre, quién sabe, vendría mirando pajaritos, enamorado, a su edad, o medio dormido.

El escritor toma asiento en el escalón de una puerta, saca una medialuna de la bolsa de papel y lamenta no tener un mate a mano. La ciudad está desierta, a este pobre diablo no lo va a oír ni dios, piensa el escritor mientras muerde la primera medialuna y cierra los ojos al sol.

El tipo deja de gritar durante un rato, resignado a la soledad de la mañana, al frío del otoño, magullado y en un pozo.

El escritor se pregunta qué habría que contar: la vida del hombre ahí metido; cómo llegó hasta el pozo; cómo seguirá su vida. El escritor no encuentra interesante ninguna de estas opciones -que se suponen básicas para la elección del género-. Se pregunta si lo atractivo del tema no es que él -pusilánime nato- empiece a ser protagonista de algo que no le interesa en lo

■ **SEGUNDO PREMIO** “*MANUSCRITO HALLADO EN UN POZO*”  
JAVIER SIEDLECKI WULLICH

más mínimo. Mientras el escritor imagina caprichosamente que el tipo en el pozo hace garabatos en su libretita de teléfonos para distraerse, él, que atraviesa una crisis creativa, no tiene la menor idea de qué quiere escribir.

Es posible que al hombre lo hayan empujado, es posible que haya empezado como una especie de broma, también que sus amigos quieran matarlo o que ese hombre que pide ayuda -ahora silencio, la mañana de otoño- se haya acostado con la mujer de su socio, una venganza espontánea y ridícula, de lo más infantil pero muy ordinaria si al hombre nadie lo ayuda y al final, por ejemplo, se muere.

Todo esto piensa, en evidente crisis, mientras el hombre grita -y hasta piensa en Nerón leyendo versos por los senderos del gran jardín que había sido Roma, haciéndose iluminar por antorchas humanas que pegaban alaridos mientras el emperador leía en voz alta, pleno del éxtasis que invade a los hombres sensibles cuando se dejan poseer por las musas-. Pero el escritor se propone centrarse en la historia del hombre del pozo, decidir el tono, el punto de vista, la serie de malentendidos y personajes que hicieron que su vida termine ahí metida. Piensa que debería poder escribir tres o cuatro páginas a partir de una anécdota como ésta. Piensa en Kafka, inevitable, a menos que decida una cosa un poco más distante, con un tono dicharachero, alejarse de las ciudades para contarlas, alejarse de los amores para entenderlos. Se puede escribir mal para terminar escribiendo bien, piensa el escritor ya metido de lleno en su crisis creativa. Después -la crisis no tiene remedio- piensa en Maquiavelo y de paso en Graham Greene. Claro que esto tiene que ver con que el escritor pretende contar la historia, el drama que podría suponer para el tipo que está dentro del pozo que nadie lo rescate sobre todo si, por ejemplo, el pobre hombre es diabético, como el escritor, y a diferencia de él no tiene a mano su insulina, y el azúcar le baja con ganas por esas cosas que tienen los pozos, el cambio de altura, un apunamiento al revés, vaya a saber, mientras el escritor sigue sin preocuparse para nada por el hombre, todo contado desde otra perspectiva, una que aleje y desdramatice y muestre el alma humana y todo eso sin meterse en el padecimiento del pobre tipo, porque eso ya lo hizo Kafka mucho mejor y sobre todo porque, a esta altura, la gente lee para entretenerse en la playa con un jugo de pomelo, y el que le complique el verano se puede ir al diablo, se cierra el libro y a barrenar olas. Fuera del hecho evidente de que él, como escritor, no tiene por qué hacer nada por los otros, mientras las historias que cuenta sean buenas, o entretengan, o sean reseñadas en algún suplemento semanal.

■ **SEGUNDO PREMIO** “*MANUSCRITO HALLADO EN UN POZO*”  
JAVIER SIEDLECKI WULLICH

Mientras el escritor pensaba todo esto se comió la medialuna y sacó otra, su mujer siguió esperando, no pasó un alma por la calle y el hombre ahí abajo se cansó de gritar, volvió a gritar, volvió a cansarse.

En el fondo, piensa el escritor, no hay nada que pueda hacer con este hombre, más que alterar el curso de su destino y del universo con un puñado de páginas que me hagan muy grande.

El escritor, ahora, cree con fervor que su misión en el mundo es ésta, que su manera de hacer el bien es desempeñar su trabajo lo mejor posible, que su papel es hacer equilibrio en ese frágil entramado que conforman los otros.

Algo evidente, piensa por último, es que, si me hubiese dejado llevar por el afán de heroísmo, esta anécdota que ahora es mía no existiría o habría perdido su gracia y, por lo tanto, yo no podría cumplir con mi verdadera misión social.

Algo evidente, tenga o no razón, es que el escritor no ha salvado al tipo, que no habría diferencia si no estuviera ahí sentado, y que de hecho empieza a no estar porque el del pozo oye el crujido de la bolsa de papel -hecha un bollo en la mano del escritor satisfecho, que de pronto se inspiró y tiene una historia-, y hasta cree oír su relajada respiración de hombre de superficie, y se resigna y casi termina de escribir en su libretita la historia de su último día -ahora oye los primeros pasos del escritor volviendo triunfal hacia su casa-, y hace un último esfuerzo para acabar esta historia cuando empieza a perder la conciencia y se le aflojan las manos, mientras considera la mala suerte de que el único que lo haya oído sea escritor en crisis creativa y pase todo, todo esto, quizá sólo porque dijimos: Buenos Aires.

# ACCÉSIT

ENRIQUE EDGAR RODRÍGUEZ GARRETT

FECHA DE NACIMIENTO: *26/03/79.*

FORMACIÓN:

- Licenciado en Historia.



# ABURRIDO DE LOS BÁRBAROS

## I

En mi barrio nadie era racista hasta que llegaron los negros. Luego hubo de todo.

Mi barrio está justo en el extremo sur de Madrid. Tan apurada es su ubicación que hasta hace poco pastaban ovejas por los descampados donde, ahora, las grúas trabajan noche y día. Mientras se levantan nuevas casas, las antiguas se derrumban, de forma que aún no hay un consenso entre los edificios sobre si mantenerse en pie y expandir la colonia o darse por vencidos y desplomarse definitivamente.

Con dos iglesias grandes como catedrales, una biblioteca poco frecuentada y cincuenta tascas, tan idénticas entre sí que bien podían formar una cadena, recuerda a algunas películas sobre la Irlanda de principios del siglo XX.

El barrio produce poco. Pero lo que producía lo hacía puntual y cíclicamente: grupos de música, futbolistas, crónicas de sucesos y, una vez en cada década, una revuelta en contra de algo o alguien.

Fue a este escenario donde, a comienzos del XXI, la globalización trajo sus gentes hasta elevar, en menos años que los que se cuentan con una mano, la tasa de inmigración de un cero a un cuarenta y cuatro por ciento.

## II

Cuando pasó lo de la pirámide y los disturbios yo me encontraba en mi primer mes de tratamiento con antidepresivos. No sé, quizá lo mencione tan pronto para ir justificando mi pasividad ante los hechos.

No voy a contar qué es lo que me llevó a empezar el tratamiento, porque averiguarlo me costaría mucho dinero y porque, por otra parte, aún no lo he abandonado. El caso es que las primeras semanas el efecto era maravilloso. Pasados los primeros efectos secundarios me encontré con una novedosa y

tentadora sensación de estupidez que, para bien o par mal, se dispararía en el transcurso de los meses siguientes.

La situación desde luego invitaba a la inutilidad: me habían despedido o había conseguido que me despidiesen del trabajo y mi única obligación y mi única capacidad era la de sentarme a leer en los bancos de la calle, hasta que incluso esa labor se me hacía demasiado complicada y me quedaba dormido en el sitio.

### III

Sin embargo, a mi alrededor ocurrían cosas. Lo más importante era que llegaba gente nueva. Africanos, sudamericanos, árabes, chinos, rumanos y polacos llegaban a apretarse en el angosto espacio de tolerancia que antes sólo compartíamos payos y gitanos.

Al principio eran muy pocos. Recuerdo que hace unos años en mi plaza vivía un tipo que decían que era de Camerún y se había casado con una española. En el autobús “El Negro”, pues así le llamaban, llamaba tanto la atención como si fuese un rinoceronte o un barco.

Luego las cosas cambiaron.

Según colapsaban las economías del sur y del este, fueron llegando todos ellos, integrándose en el estrato más bajo de nuestra cadena alimenticia. Aceptando los trabajos más ingratos, en la construcción, la hostelería, la mensajería o la distribución de hachís

La convivencia se fue haciendo más compleja. El racismo cada vez se fue haciendo más explícito. Los roces y malentendidos cada vez más frecuentes. Sin embargo, ni el volumen olímpico de la música de los sudamericanos, ni los robos de un extraño grupo de albaneses, ni los rumores que seguían a las aleatorias redadas, ni la incorruptible ociosidad de los gitanos rumanos hubiesen bastado para sacar a la marabunta que, palpitante y milenaria, duerme en lo profundo de las torres rojas y blancas que escoltan la M-30 a su salida de la capital.

No, hacía falta algo concreto, palpable y central para canalizar los rencores. Algo lo bastante grande como para que los siglos sin amor ni proteínas grabados en nuestros genes encontrasen un chivo expiatorio a su medida.

Y como no fueron capaces de calcular esto, los propios inmigrantes se lo dieron. Tuvieron que construir esa dichosa pirámide.

## IV

Las obras del nuevo Alcosto llevaban ya varios meses en lenta y predecible marcha, cuando una purga antimafiosa efectuada en el gobierno de Kiev no tardó en arrasar varias inmobiliarias y bufetes de abogados de la Costa del Sol, para finalmente terminar cortando alguna que otra cabeza en Madrid. El propietario de la constructora que estaba levantado el supermercado desapareció y en consecuencia los gerentes del Alcosto rescindieron el contrato, la decisión judicial sobre la propiedad del solar quedó aplazada y de todo el asunto no quedó mas que un montón de cimientos sin orden aparente, toneladas de material inmovilizado, y un nutrido grupo de trabajadores en suspensión de pagos.

Los obreros, en su gran mayoría peruanos, ecuatorianos y bolivianos, pasaron tres días en estado de estupor. Se levantaban por la mañana, un poco mas tarde de lo normal, iban a la obra, y se quedaban allí hasta el anochecer, sin hacer nada, sin hablarse entre ellos, avergonzados de lo ridículo que era quedarse ahí, esperando algo que tenía que ocurrir, pero sin saber qué, con las manos en los bolsillos y dándole una patada ocasional a alguna piedra.

Sin embargo, el tercer día, recién desayunados, nada más llegados a la obra, eso que tenía que ocurrir, ocurrió. Nada más reunirse todos juntos, como habían hecho los dos días anteriores, sintieron que algo había cambiado. Cada obrero miró al que tenía más cerca, escrutadoramente, para saber si sentía lo mismo que él. En su compañero se reflejaba la misma mirada, y, al comprender los dos, sonreían. Luego daban un paseo por la obra, deambulando en grupos de tres ó cuatro, cruzándose con los otros grupos de tres ó cuatro y sonriéndose todos. Iban poniéndose los guantes y el casco, sin interrumpir su paseo, pero, medio involuntariamente, alejándose más y más del centro de la obra, saliendo del perímetro de los cimientos, formando, con la maquinaria, un gran círculo exterior. Volvieron su rostro al centro, al fallido hipermercado en el que convergían sus miradas. En ese momento, sus cadenas de ADN se agitaron en un imperceptible temblor, su imaginación colectiva levantó un vago plano secreto y, como extrañas y antiguas hormigas, supieron lo que tenían que hacer.

Durante los dos meses siguientes trabajaron sin descanso. Sin supervisión y sin paga. Viviendo de lo escasamente ahorrado. Trabajaban rápidos y silenciosos. En un orden establecido hacía tiempo. El edificio se levantaba a una velocidad asombrosa, por los informes que nos facilitaban los viejos, que se pasaban el día observándoles desde el puente sobre la M-30, comentando la progresión del trabajo, como el que comenta un partido de fútbol. Sin embargo, cuando alguien preguntaba a los sudamericanos o a alguna de sus mujeres en el mercado qué demonios estaban construyendo, si el Alcosto ya no se iba a hacer, si el terreno no era suyo, etc., sus rostros dejaban ver una sincera perplejidad e invariablemente contestaban frases como “bueno, no sé, ahora que lo pregunta no sé como decírselo, lo mejor es que ya lo vean cuando esté terminado”. Y así fue que en el extremo oeste de nuestro barrio, para una vez que se construía algo nuevo, se estaba levantando un edificio que nadie sabía lo que era.

Al principio la gente decía que era un centro de toxicómanos, porque aquí cada vez que alguien pone un ladrillo sobre otro salta una vieja con que están construyendo un centro para traer yonkis. Pero al poco tiempo ese rumor desapareció, pues lo que se estaba levantando no parecía precisamente un centro de desintoxicación. Algo raro tenía, y los viejos estaban cada vez más agitados.

## V

En los bares no se hablaba de otra cosa que de “lo del Alcosto”, pues por inercia lo seguían llamando así. Incluso yo, que entre el trabajar, el buscar un trabajo mejor, y el buscar a una mujer que no me correspondiese, se me iba el día... Me sorprendí a mí mismo escuchando las especulaciones de los parroquianos con sincero interés.

Un día, el marido de Culoprovincia, un vecino, me obligó, haciéndome extraños dibujos en el aire, a acompañarle a las obras para que le confirmase si “eso” era una cosa “de ésas”, porque yo sabía “de eso” ¿no? “Eso era de lo mío”.

Yo, que cuando me dicen que algo es “de lo mío” o que si sigo trabajando “en lo mío” siempre espero que sigan, para ver si yo también me entero de una vez de que es “lo mío”, le acompañé sin rechistar.

Así que atravesamos el parque y subimos al puente abarrotado de viejos que, como boquiabiertos cuervos grises, observaban una casi terminada estructura cuadrada, asentada sobre otra estructura cuadrada mayor, a su vez sobre otra estructura cuadrada mayor... y otra, y otra más.

El marido de Culoprovincia me miraba inquisitivo. Traté de no parecer demasiado impresionado y afirmé profesionalmente:

Si, tienes razón, es una pirámide. Además, es inca-completé.

## VI

Nadie sabía exactamente cómo lo hicieron. Cómo, sin planos, ni estudios, ni arquitectos. Seguramente sin haber visto jamás una pirámide, habían sido capaces de extraer aquello de lo más profundo de recuerdos que no habían vivido. Cómo, además, ante la adversidad, habían obviado sus diferencias como ecuatorianos, bolivianos y peruanos y se habían reconstituido todos como incas. Todo para construir aquella cosa, aquella pirámide, que yacía, enorme e incoherente, entre el frontón, el parque y la M-30.

Las opiniones eran diversas. Que si era fea, que si era bonita, que si era inútil, que ya venía haciendo falta una, que no es plan de que vengan aquí y hagan lo que quieran, que ya que está construida no la vamos a quitar, etc.

El tema de la propiedad seguía estancado. Los representantes de Alcosto ya habían declarado que por nada del mundo pensaban abrir un supermercado en una pirámide. De la misma forma, todos los empresarios a los que se habían acercado con la oferta, la habían rechazado. Educadamente, sí, intrigados incluso, pero sin poder explicar, ni siquiera a sí mismos, porque sentían que en eso de la pirámide había algo, velada y difusamente inmoral.

Por tanto los obreros estaban en una difícil situación, habían terminado el trabajo, habían agotado sus reservas económicas y ahora necesitaban quitársela de encima. Y lo consiguieron. Pero no de golpe sino por partes, y no al precio que esperaban sino a uno más bajo, pues los únicos dispuestos a comprar eran otros inmigrantes.

Los primeros fueron dos de los propios obreros ecuatorianos que montaron un bar, en el que pondrían esa espantosa música y al que, demostrando que la creatividad se les había acabado por un rato, bautizaron “La Pirámide”. El bar estaba situado en el segundo escalón, colindante por la izquierda con la escalera central que, con una excesiva inclinación para el gusto cristiano, recorría la pirámide de arriba a abajo, desde el relieve inferior que representaba al héroe Manco Capac victorioso, hasta el templete sacrificial superior. Los siguientes en abrir fueron también sudamericanos, dos colombianos y una dominicana que se habían debatido entre el orgullo de que otros inmigrantes hubiesen construido, ellos solos, algo tan grande, y el soterrado resquemor por haber sido excluidos hasta entonces, no perteneciendo sus antepasados al área de influencia Inca.

Gladis, la dominicana, abrió, en el penúltimo piso, justo encima del locutorio que montaron los colombianos, una peluquería femenina, convenientemente situada al lado de un relieve de la diosa Pachamama dando a luz al mundo.

A continuación, por la propia dinámica de la oferta y la demanda, el perfil del nuevo inquilino se fue ampliando. Antes de que nos diéramos cuenta, unos moros ya habían abierto una carnicería de moros. Luego aparecieron otro locutorio y un segundo bar. Una familia china montó un todo a cien. Un pastor evangelista brasileño una pequeña iglesia y un grupo de árabes alquiló un garaje donde no había coches, pero sí una gran afluencia los viernes. Un nutrido grupo de senegaleses se instaló en el ala oeste del tercer piso, a modo de vivienda-almacén y rodeó la base de la pirámide con un anillo de CD’s piratas. Y luego un tercer locutorio, un ultramarinos, otro bar y un taller mecánico, obviamente en el escalón inferior. Finalmente, lo que quedaba y no se podía vender, fue ocupado por varias familias de los obreros constructores por un alquiler bajísimo.

Y así fue cómo en el barrio se instaló uno de los centros comerciales más extraños que yo hubiese visto. Un lugar de tímido encuentro, trapicheos mínimos y gran absurdo.

## VII

Obviamente, tener una pirámide ahí en medio terminó de conseguir que los autóctonos nos percatásemos de que las cosas habían cambiado para siempre.

¿Cómo veía yo todo esto? Lo cierto es que no lo recuerdo muy bien. Entre mis costumbres no suele encontrarse el oponerme a los fenómenos históricos inevitables. Ya tengo suficiente con luchar contra los biológicos. Sí, es cierto, tampoco es que me encantase la pirámide pero iba a ella todos los días: a los moros a por hierbabuena, a los chinos a por cerveza... El nuevo orden de las cosas estaba ahí.

Claro, a veces, después de media hora en la parada, esperando el advenimiento del esporádico autobús (pues al parecer a ninguna autoridad se le había ocurrido que si la población se duplica también habría que duplicar los servicios), hacinado en la lata de conservas multicultural 59, me encontraba empotrado contra, por ejemplo, un adolescente dominicano con dos gorras sobre la misma cabeza, que principalmente usaba para mirar desafiante a uno y otro lado. En casos como ése yo me fijaba en sus brillantes pendientes de plástico y me preguntaba ¿Necesitaba yo esto realmente? ¿Me hacía alguna falta?

Claro que todo es tan sencillo como que, independientemente de cual fuera la respuesta, las preguntas eran absurdas.

## VIII

Reconozco que la mayor simpatía por los inmigrantes me lo causaron siempre los racistas.

Recuerdo un día al principio de mi tratamiento. Tenía tanto sueño que me quedé dormido con una palmera de chocolate en la mano. Me despertó un manotazo de varios kilos de peso. Un enorme anillo de oro con la exquisita efigie de un león acababa de dislocarme el hombro. Ante mí había una hinchada figura que empecé a reconocer como El Rafa, una de esas personas que viven en barrios

y te hablan, a pesar de que por su edad pensarías que deberían de tener algo mejor que hacer.

¡Que te duueeeerme!— me informó.

Y sin que yo mediara palabra comenzó a explicarme su visión sobre la pirámide.

Empezó convencional:

¡Oye, yo no soy racista, pero lo que no hay derecho es que estos ecuatomonos vengan aquí, no hagan nada por integrarse, y encima tengamos que hacer lo que ellos quieran!

Luego, cada vez más delirante:

¡Si es que no puede ser! Yo llevo...toda mi vida cotizando, ¿y qué me dan? Nada, una puta mierda, y luego vienen los moros, los chinos, los negros y lo primero...nada más llegar, ¡Plas! ¡Toma! ¡Una pirámide que les dan! ¡Hala, pa' ellos!— Y ya con la realidad muy, muy atrás, como una lejana costa a la que no pensase volver nunca: Pues, desde que han montado la cosa ésa, hay de todo ya, robos, atracos, droga... Porque ya me dirás tú cuando ha habido de eso antes aquí, nada, nada, es cosa suya...Cosas de esos países. ¿Y el Zapatero qué hace? ¡Ése sólo venga, que si para las mujeres, que si para los maricones, que si para los incas...— Yo oía todo esto, pero consideré que puesto que sus ideas eran algo tan antiguo y caduco, a lo que le quedaba tan poco tiempo..., no merecían la pena discutirse y lo mejor que podía hacer era asentir y esperar a que se muriera.

Al rato, cuando retiraron el cadáver, pude terminar mi palmera y reanudar mi siesta.

## IX

Sin embargo, había subestimado los posos de mezquindad de mi barrio. Y a pesar de que, como de costumbre, procuraba no escuchar nada. No podía evitar de vez en cuando bajar a la compra, o al bar, y oír.

Y es cierto que había gente racional, gente que intentaba poner las cosas en su medida:

No, no pueden ser todos asesinos en su país, de algo tendrán que vivir.



Pues lo son el ochenta por ciento.

Cómo va a haber un país con un ochenta por ciento de asesinos? ¿A quién matan?

Bueno, me da igual, un sesenta...

¿Y matan al cuarenta por ciento?

Pero también oía a las hermanas Canguro, todo un Think Tank de las Casas Bajas, que habían reorientado sus sillas plegables para poder observar la pirámide y elucubrar:

Oye, yo no soy racista ni mierdas, pero es su cultura, son mangantes todos.

El lunes empiezan a tirar árboles del parque para construir otra pirámide.

Van a sacrificar una virgen en el equinoccio de otoño.

Lo han hecho ya, a la hija de la Adela, que se iba con uno de esos y ya no se ha vuelto a saber más.

Y luego la hicieron momia.

Cualquier día nos echan del barrio.

Mira el rubio, cómo mira.

¿Quién?

Da igual, el de siempre.

Para mí que intentan resucitar a Atahualpa.

Tenemos que hacer algo.

No soy racista, pero si quieren construir pirámides que se queden en su país.

Hay que hacer algo.

No valen ni pa' estar escondíos.

Mira la negra, ésa, cómo va.

Hay que tirarla abajo.

¡Eh, qué miras tú! ¡Incas a Egipto!

Y de verdad que no sé cómo fue, pero las Canguro comenzaron a

convertirse en vanguardia de opinión y a extender, entre buena parte de los autóctonos, su oscura visión de un mundo sin amor ni ciencia. Su horrible utopía de un planeta habitado únicamente por solteras que parecen canguros.

## X

No hice nada. Quizás lo vi venir pero no hice nada. Ya me sentía totalmente embriagado con mi medicación y esperaba que el efecto nunca remitiese. Elegía la ropa con el exclusivo criterio de su suavidad.

Lo único que hice, si acaso merece la pena alegarse, fue ir de vez en cuando a la pirámide y quedarme dormido ahí, como para demostrarle a los míos que nada malo tenía de por sí.

Así, somnoliento al lado de las escaleras, veía pasar el trasiego de la gente: subían unos bakalas hablando, en su lengua, de algo que podía ser cualquier cosa: un videojuego o una boda. Al poco, un ecuatoriano bajaba rodando borracho las escaleras para quedarse inconsciente junto a mí.

A continuación una antigua novia subía y giraba el cuello tan sólo un poco, para responder a mi nostálgica sonrisa, que tampoco terminaba de ser sincera.

Luego venía la puesta de sol.

Y abajo, en la acera de enfrente, cada noche cuando ya había anochecido, un viejo que, camino de su casa, leía concentrado una novela bajo sucesivas farolas, como isletas de luz, pasando unos cinco minutos bajo cada una antes de lanzarse, corriendo, a alcanzar la siguiente.

## XI

¿Qué clase de persona decide un día hacerse llamar Mc.Grady?

Con la misma lucidez que le inspiró ese nombre mató a aquel chico de un solo navajazo.

Y tuvo que matarlo en el bar de la pirámide.

Ya nadie pararía a las Canguro.

## XII

¡Incas a Egipto! ¡El trabajo, para los españoles! ¡El que no cotice, a Egipto! Empezaron las pintadas. Luego se fueron reuniendo los ejércitos de orcos o goblins. Arremolinándose en torno a las sillas plegables de las Canguro, que rememoraban las antiguas cruzadas libradas contra los yonkis, y las más arcanas aún, contra los gitanos.

Como en una menguada Iliada, muestras de las cepas más dañinas del barrio: borrachos, bakalas, amas de casa enloquecidas, propietarios de un coche, esperaban las órdenes de sus sedentes generalas.

Cuando dieron la señal, los vi avanzar desde mi ventana. Bajé corriendo, no sé por qué.

Durante las siguientes tres horas persiguieron a todo aquel que no pareciese español, y agredieron a todo aquel que no corrió lo suficiente.

Vi a una mulata subirse a un quiosco de periódicos. Y a la gente abajo, tirándole objetos indefinidos. Vi a un cojo arrojarle su muleta.

A la pirámide le prendieron un fuego inefectivo, que no chamuscó más que dos pisos de un ala antes de apagarse, asqueado.

Yo anduve de un lado a otro mirando, conmigo nadie se metía y no sabía si eso era del todo bueno. Vi a un antiguo compañero de clase rompiendo el escaparate de un locutorio con un palo. Me acerqué a él y, en un tono de voz neutro, le pregunté: “¿Qué haces?” Él me miró sorprendido, luego sonrió, luego se puso serio y luego siguió rompiendo.

Las Canguro, rodeadas de una especie de Estado Mayor Mongólico, hablaban por sendos teléfonos móviles. Una reía y la otra no.

Llegó la televisión, luego dos policías y mucho más tarde, varios policías.

### XIII

Al día siguiente hubo paz. Y lo cierto es que desde entonces la ha habido. Las relaciones entre unos y otros han empeorado, pero no hasta el punto de rebrotar la violencia. Las Canguro han regresado a su rutina. Una de ellas se dedica profesionalmente a figurar de público en programas de televisión y eso la mantiene entretenida.

La parte de la pirámide que se quemó ha quedado así, los demás desperfectos fueron reparados.

Suelo sentarme en el ala chamuscada y beber cerveza, no se me vaya a quedar la garganta seca y me atragante con las pastillas.

Por suerte para mí, en esta vida no es indispensable obtener ningún conocimiento para poder morirse tranquilo. Lo contrario sería terrible. Que, con tales compañeros, hubiese que permanecer en esa tierra hasta sacar alguna conclusión.

Hago lo que puedo, que es nada, y tengo fe en los adolescentes de colores que veo salir del instituto. No por nada, sino porque en estas luchas de pulsiones antiguas ellos cuentan con la más fuerte: están salidos.

Oscurece.

Vuelve ese viejo con su novela. Esta noche veo que una de las farolas está estropeada, y no sólo ésa, sino la siguiente también. Hay ante él un trecho de oscuridad que lo detiene. Levanta la vista de la página y mira al freno, indeciso. En la noche, la siguiente farola parece más lejana de lo normal. Por un momento mira a su espalda y luego se vuelve a mí. Quiero decirle algo pero sólo consigo mirarle con intensidad. Entonces saca algo del bolsillo y lo pone entre dos páginas a modo de marcador. Durante un momento se queda totalmente quieto y después, bruscamente, se lanza hacia delante, a la carrera.



# ACCÉSIT

FRANCISCO MIGUEL SAGRA MARTÍNEZ

FECHA DE NACIMIENTO: 30/01/76.

## TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- Actividades y Premios como escritor.
- Accésit en el premio de relato corto “Rosa Chacel” del Instituto Rosa Chacel. Curso 94-95.
- Ganador del premio del Ayuntamiento de Madrid para Colegios e Institutos en la categoría superior en la modalidad de relato Corto con el relato “Día de Pellas”. 1996.

## EL NIÑO AL QUE SE LE CAYÓ UN OJO Y DE LO QUE TUVO QUE HACER PARA RECUPERARLO

El despertador sonó bien prontito y me he levantado muy cansado. El otro día alguien me dijo que está científicamente comprobado que si te acuestas con ganas de mear no duermes bien. Yo no estoy seguro de que fuese ése exactamente el motivo, pero el hecho en cuestión es que me sentía como si hubiese estado cargando majanos toda la dichosa noche. Para quien no sepa lo que son los majanos, le cuento que es el nombre con el que se llama a las piedras y cantos rodados que se amontonan entre las calles de olivares allá por mi pueblo, en Jaén.

Salí de la cama lentamente intentando convencer a mi cuerpo de lo bien que lo íbamos a pasar hoy, encendí la lucecita de la mesilla y luego me estiré y me rasqué como un gato.

Aún sin llegar a estar despierto del todo, pasé por el salón camino del cuarto de baño cuando algo me sobresaltó. Hice un movimiento brusco con la cabeza y ¡zas! se me cayó un ojo al suelo. El ojo redondo rodó por la alfombra y se metió debajo del sofá.

- ¡Dios santo, mi ojo!

Sin detenerme a encender la luz me arrodillé y me puse a buscar mi ojo palpando con extremo cuidado en dirección al sofá. Tenía un miedo enorme de pisarlo o aplastarlo, no fuese a ser que lo reventase y entonces eso sí que sería un problema gordo.

Cautelosamente levanté con un brazo nuestro viejo tresillo y con el otro miembro libre volví a palpar de nuevo esperando dar con el dichoso ojo.

Allá estaba, menos mal. Sin embargo había un nuevo inconveniente. El órgano ocular se había llenado de pelos, pelusa y polvo que estaban ocultos debajo del mueble. El ojo, al correr por la alfombra, se había llenado de guarrería, y al ocultarse debajo del sofá aún más. Mi pobre ojo era como un ovillo de pelos.

La verdad es que he de reconocer que soy yo quien pasa la aspiradora todos los fines de semana, y para ser sinceros siempre lo hago con las prisas de querer irme a jugar al baloncesto con los colegas y no me entretengo lo suficiente debajo de los muebles.

■ **ACCÉSIT** “*EL NIÑO AL QUE SE LE CAYÓ UN OJO Y DE LO QUE TUVO QUE HACER PARA RECUPERARLO*” FRANCISCO MIGUEL SAGRA MARTÍNEZ

Me está bien empleado. Así la próxima vez seré más cuidadoso. Si es que me lo tiene dicho mi madre: “No corras, haz las cosas bien.”

Sujetando el ojo con ambas manos para que no se me volviese a caer otra vez, corrí hacia el baño, golpeándome con la puerta del salón en el dedo gordo del pie derecho. Menos mal que al menos no fue el chico porque ése es el que más duele. Maldije entre dientes y cojeé hasta la puerta del cuarto de baño y encendí la luz de un rodillazo.

Delante del lavabo me previne:

- Ten cuidado ahora, no vaya a ser que se te escurra el ojo y se vaya por el desagüe.

Nosotros no tenemos rejilla fija. Hace muchísimo tiempo que se rompió y en su lugar pusimos un disco perforado que nos dio el tío Pascual, que es inventor. Pero como sólo nos dio uno a veces se queda puesto en el agujero de la bañera y otras tantas en el del bidé, según lo último que nos hayamos aseado. A mi hermana ya se le cayó un pendiente y suerte que se quedó atravesado y lo pude recuperar usando un alambre largo.

- Mira a ver si está la rejilla puesta. Seguro que si se cae dentro de la cañería se rompe, o se queda deforme si hay que utilizar el chupón para desatascarlo, porque el alambre está claro que en este caso no es una opción.

Así que acurruqué el ojo contra mi pecho con más cariño y cuidado que si fuese el niño Jesús y a su vez coloqué la rejilla metálica encima del agujero del desagüe. Entonces respiré un poquito más tranquilo, pero enseguida apareció otro problema:

- ¿Cómo limpiar el ojo?

Si utilizaba jabón seguro que luego me picaba. No, no podía utilizar jabón para limpiar el ojo y mucho menos otros productos como la lejía, el detergente para la lavadora, el suavizante y ni tan siquiera el mistol de los cacharros que todo lo puede. Quizás el pato wc, pero tampoco. Ese líquido es demasiado pegajoso, por eso no resbala por las paredes del inodoro.

Pero claro, tampoco debería usar nada que lo fuese a raspar o arañar.

Llegué a pensar hasta en hervir agua, pero la idea de “un ojo pasado por agua” me devolvió a la coherencia.

■ **ACCÉSIT** “*EL NIÑO AL QUE SE LE CAYÓ UN OJO Y DE LO QUE TUVO QUE HACER PARA RECUPERARLO*” FRANCISCO MIGUEL SAGRA MARTÍNEZ



Al final decidí usar sólo el agua del grifo.

- ¿Puedo utilizar agua caliente? –pensé.

Normalmente yo no pongo la lavadora así que no sé mucho de eso. Me da miedo que si lo lavo con agua fría el ojo se pueda dar de sí y luego no entre o tenga que meterlo a presión; pero claro, por otro lado el agua muy caliente podría producir el efecto contrario: que se encogiese. Entonces me bailarían y podría volver a caerse cuando menos me lo esperase.

Por ejemplo en la universidad: de eso que el profesor está explicando un rollo de tema, muy monótono y tú vas y das un cabezazo porque te estás quedando así como traspuesto y el ojo va y se cae, rebota en la mesa y se marcha rodando escaleras abajo hacia el profesor y yo detrás corriendo agachado para cogerlo. Me desintegraría de vergüenza.

Agua fría tampoco puede ser. ¿Pero entonces qué? ¿Cómo lo limpio? ¡Qué alguien me lo diga!

- ¡Échame una mano, Dios mío! ¿Cómo se llama ese santo al que mi madre reza cuando no encuentra algo? A lo mejor también sirve para esto del ojo. O ese otro al que le dicen “el abogado de los imposibles”. Me siento un incapaz. Tengo que madurar, esto no puede seguir así, siempre tan despistado que hasta se me ha caído un ojo. Nadie se lo va a creer.

De repente me viene la inspiración.

- ¡Ya está: agua templada! Claro, eso es, sentido común. ¡Viva el término medio! ¡Viva Aristóteles! Para que luego digan que la filosofía no sirve de nada. Usaré agua templada.

Lo lavo muy delicadamente con agua templada y parece que las pelusas y el polvo se van bien, haciéndose una bola en la rejilla como cuando uno se ducha.

- ¿Y ahora qué hago? ¿Lo seco o no?

- Podría secarlo con la toalla. No, porque raspa.

- Podría secarlo con el papel del water. No, porque se le podrían pegar trocitos de papel y luego no veo bien.

- Lo único que se me ocurre es soplarlo, pero si lo soplo le estoy echando gérmenes a mi ojo y luego me da conjuntivitis y el ojo se llena como de mocos

■ **ACCÉSIT** “*EL NIÑO AL QUE SE LE CAYÓ UN OJO Y DE LO QUE TUVO QUE HACER PARA RECUPERARLO*” FRANCISCO MIGUEL SAGRA MARTÍNEZ

y para curarlo te tienes que echar las gotas ésas que son como de limón. ¡Uhhh, qué asco!

Así que lo único que hago es agitarlo un poco, pero suave, y esperar un poco a que se seque. Me dan ganas de ponerlo en la calefacción para que se seque antes pero mejor no, no vaya a ser que se seque demasiado o se quede allí pegado como cuando se hace la carne a la parrilla.

Me lo coloco y parece que todo está bien. Unas pocas lágrimas y adelante, que ya llego tarde.

He vuelto a casa después de una jornada larga en este Madrid de locos. Todo el santo día tirado entre pasillos llenos de humo, escaleras mecánicas, túneles en obras a los que se les ven las tripas, aulas repletas de palabras y más palabras, números y más números.

He visto a la gente, he visto sus caras, he visto sus ojos y sus miradas, vacías, furtivas, cansadas. Miradas ciegas. No vi a nadie sonreír. Nadie sonreía detrás de aquellas miradas.

Mi ojo se ha estado quejando todo el día. Me pinchaba en el fondo de la cuenca y me arañaba el nervio donde sabe que más me duele porque se negaba a trabajar. Al principio pensé que se trataba de alguna miguita de corteza de pan o de alguna pelusa que se me debió pasar, pero luego me di cuenta de que estaba equivocado.

Mi propio ojo estaba en huelga. He sufrido mi primera Huelga General de la Empresa Pública del Sector Audiovisual, porque el otro compañero se le ha unido y también ha llorado lo suyo. A lo mejor es que me estoy poniendo malo y todo lo confundo, como cuando creí que la empollona de clase estaba por mí.

- ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? Vamos, hombre, no llores. Esas notas no son tan malas... –me han dicho. Y yo no sabía qué contestar con mis ojos hinchados y mi cara de tonto.

Pero ahora, en casa, una vez me tranquilicé tras tomar un té caliente, ya sé lo que me ha pasado en este viernes odioso.

Mi ojo quería fugarse esta mañana. Quería escapar. Aterrado por tantas miradas vacías y tristes. Él intuye la vida que le espera si seguimos por este camino que nos han marcado. Quería dejar atrás el gris de la ciudad y marcharse

■ **ACCÉSIT** “*EL NIÑO AL QUE SE LE CAYÓ UN OJO Y DE LO QUE TUVO QUE HACER PARA RECUPERARLO*” FRANCISCO MIGUEL SAGRA MARTÍNEZ

a un lugar amplio, libre y lleno de colores como los del otoño, que es su estación preferida. Un lugar donde hubiese luz y donde la gente entornase los ojos al sonreír.

Estoy seguro, esta mañana mi ojo quería escaparse porque no le gusta lo que ve.

- ¡Qué triste!, ¿verdad?

Pero yo tengo una idea. Es una intuición que voy a seguir. Llevaré a cabo mi plan mañana, o quizás debería decir esta noche...

Mientras los demás duermen yo madrugo, cojo el coche y conduzco hacia la montaña.

La luna adorna el camino, una luna llena, grande, redonda y blanca. Su halo dibuja el contorno de las nubes que la rodean.

Es la primera recompensa por haberme levantado a las seis.

Contemplando su luz pálida y pura, pienso que la luna es el espejo del sol, el consuelo de los que a la luz del día nadie quiere entender, la guía de los soñadores, mi guía esta madrugada oscura.

Para mi sorpresa, una tremenda caravana de faros amarillentos y lucecitas rojas trepa por la carretera de la sierra. Cientos de vehículos que continúan más allá, hacia las grandes pistas de esquí. Son las siete y media y pronto ya no habrá sitio donde aparcar. Así será, puedes apostar.

Pero mi sueño no es el de esquiar. Me pongo las botas y comienzo a andar hacia la montaña.

El silencio es colosal. Si paro mis pasos puedo oír unos grajos que danzan en círculos sobre las crestas de los pinos. Sus graznidos mueren sobre la nieve aún gris.

La oscuridad me reconforta con tenues destellos del hielo que viste ramas y salientes. Camino decidido y maravillado por la calma en la que penetro tratando de agitarla lo menos posible, pero mis pasos tropiezan constantemente habituados únicamente al plano asfalto.

Cuando atravieso la enorme pista de esquí que cae ladera abajo el bosque se raja sin emitir queja alguna. La maleza se aparta y desde el centro de la pista se puede ver todo a lo lejos.

Las montañas blancas están punteadas de pequeños pinos oscuros. La bruma cae por el valle. A lo lejos las nubes acechan sobre las tintineantes lucecitas de los pueblos de la sierra.

Todo está en silencio.

Un témpano de hielo cae de la rama de un árbol. La escarcha se agita. Silencio blanco. Silencio frío.

Continúo por el sendero al que llaman Camino Smith. Un muñeco de nieve, pisadas profundas, marcas de esquís, el meado amarillo que tiñe la nieve... Son los rastros de las personas que pasaron por aquí en días anteriores. Las familias con sus niños, las parejas de novios cogidos de la mano, los montañeros experimentados, todas esas personas que comparten la belleza que se muestra y un sinfín de ellos más. Pero ahora aquí no hay ninguno. Sólo yo y el silencio que me acompaña.

Según avanzo asciendo hacia la cima y el paisaje cambia. El gélido viento de la noche ha tallado formas caprichosas en las rocas, en los arbustos, en las agujas de las ramas de los pinos. Millones de pequeñas esquirlas de hielo entrelazadas en un tapiz como de cristal. Grandes estalactitas que penden hacia el suelo y diminutos chupones que acusan a la mano que los esculpió. Cuanto más arriba, la nieve cruje con un timbre más agudo. En la superficie virgen yace una corteza muy fina de escarcha compuesta por polvo de diamantes.

Ahora creo entender lo que sentía Dylan Thomas cuando escribió “Poem in October”, y yo también querría que la verdad de mi corazón continuase entonándose pese a todos los topetazos que uno se lleva en esta vida.

La recuerdo a ella y el día que vinimos los dos juntos. Recuerdo que era un día de sol precioso. La nieve desprendía una luz que hacía entornar los ojos y dibujar una sonrisa. Recuerdo cuánto la quería y cómo nos reíamos. También recuerdo nuestros cuerpos desnudos sobre la nieve no muy lejos de donde estoy ahora. Su cuerpo blanco y terso brillando como la propia nieve. Su sonrisa dulce y cálida como el sol.

Pero aquello se acabó y ahora ella tampoco está aquí, y a mí sólo me queda este infinito mar helado para recordarla.

De repente mi corazón se acelera. Las primeras tonalidades del amanecer ya clarean en el cielo y aún no he llegado a la cima. Echo a correr en dirección al fulgor rojizo saliéndome del camino, hundiéndome hasta los muslos en los montones de nieve cuesta arriba. Me caigo y me levanto. Respiro profundamente el gélido aire y exhalo un vaho que se pierde en el frío de la mañana. Salto entre la nieve y me siento un fardo pesado, avanzando como un tren oxidado hacia el amanecer.

Ya he llegado a la cima y mis ojos se empañan como las gafas de un miope al entrar en un bar. Un poco más adelante está mi sitio. Camino hacia el borde de la planicie lentamente con sumo cuidado porque no quiero dañar una esquirla de hielo más. Aquí, en lo alto, el viento ha clavado sus uñas profundamente, escribiendo extraños surcos en la nevada piel. Furioso amante es el celoso viento de la noche.

Los primeros rayos de luz hacen chispear tímidamente la escarcha y el hielo y la nieve se tiñen de un tenue limón que encandila mis pupilas. Una muy fina gasa se desliza por la montaña entre los dormidos pinos, sobre la pálida nieve que se despierta ante su roce.

En el horizonte un limbo de nubes enmarca la salida del sol. En lo más alto un sólido regimiento de nubarrones grises en los que acabará sumergiéndose el astro para dar lugar a un día nublado y gris, puede que quizás incluso lluvioso. En la superficie una mullida manta de pequeñas nubes y tímida bruma que se arrastran como caracoles sobre Madrid y sus satélites. En medio, el limbo. El limbo luminoso.

El sol estira sus brazos queriendo empujar ambos márgenes, luchando y manchando de sangre las nubes. Rojos, naranjas, amarillos y azules tiritan sobre un ejército gris. El cielo es una pintada hippy por la paz. Un limbo de esperanza.

Reposo mi cuerpo sobre un montículo nevado y saco del bolsillo un pomelo. Mi fruta favorita. La prueba irrefutable de que Dios existió. El pomelo llevaba al menos un mes esperando en la nevera, aguardando pacientemente el momento exacto. Hoy.

El pomelo tiene una piel amarilla con pintitas rojas y naranjas como el amanecer. Por dentro es rojo y al pelarlo me he llenado de su olor y de su tacto tan agradable. Cuando lo pruebo sé que estoy comiendo agua, un líquido dulce, ácido y amargo. ¡Qué rico está!

■ **ACCÉSIT** “*EL NIÑO AL QUE SE LE CAYÓ UN OJO Y DE LO QUE TUVO QUE HACER PARA RECUPERARLO*” FRANCISCO MIGUEL SAGRA MARTÍNEZ

Saboreando el pomelo, sentado en la inmensidad blanca, rodeado de silencio y contemplando el amanecer más fantástico que se pueda soñar, no le puedo pedir nada más a la vida. Soy feliz, y lo que es más importante, me siento en paz, tremendamente en paz.

- ¿Hacemos las paces? –le pregunto a mi ojo.

Ambos contestan llorando.









POESÍA

# SEGUNDO PREMIO

ÁNGELA ÁLVAREZ SÁEZ

FECHA DE NACIMIENTO: 03/10/81.

## FORMACIÓN:

- Licenciada en Derecho.
- Fue becada por la Fundación Antonio Gala para jóvenes creadores, en la rama de creación literaria, durante el curso 2005-2006.
- Ha obtenido diversos títulos en el estudio de inglés, francés y alemán.

## TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- Metales en la voz (Premio Gran Hotel Canarias, Vitruvio, 2006).
- La torre de las tortugas (Premio de Poesía Joven Antonio Carvajal, Hiperión, 2006).
- Las versiones del tigre (Vitruvio, 2007)
- Primer premio del X y XI Certamen de Mujeres Creadoras, organizado por el Ayuntamiento de Baena.
- XV Premio Conmemorativo Luis Rosales (2007), organizado por la Cadena COPE y Obra Social Cajamadrid.
- Ha sido incluida en la antología El día que nevó sobre el naranjo (Libros del Claustro Alto, 2006)
- Sus poemas han aparecido en varias revistas literarias, tales como Nayagua o La manzana poética.
- Ha dado varios recitales organizados por la Red de Arte Joven de la Comunidad de Madrid, así como en el Colegio Mayor Isabel de España.

## TINAGUAYÁN

Había una vez un lugar transparente como la tripa de una ballena.

Allí los inviernos eran iguales a los veranos, y el pasado tenía la misma dimensión que el futuro.

Un día la realidad abrió la boca, y ella se introdujo por su garganta y llegó hasta sus dos ojos.

Así es como descubrió el lugar de las transfiguraciones.

¿Cómo se llama este lugar?

La luz es verdosa, ni muy intensa ni muy débil. Es como si el mar hubiese devorado el cielo. Como si el cielo no existiera y sólo fuese un reflejo del mar.

Perdone, vengo de muy lejos. ¿Podría decirme dónde estoy?

Está usted en Tinaguayán.

Ahora que has llegado a Tinaguayán descubrirás el sentido del caos. Aquí no hay orden, ni leyes, ni principios morales.

Tinaguayán se encuentra en el horizonte. Desde lejos se diría que sólo es una línea dibujada con un pincel muy fino.

Es por donde se ponía el sol antes del eclipse universal. Es donde los caminos terminaban en la cabeza de una serpiente.

El por qué y el cómo has llegado hasta aquí es algo que debes descubrir tú mismo.

Pon los ojos como si estuviesen virados hacia dentro, en el lugar en el que creías que estaba el alma.

Imagina un mundo y llegarás a Tinaguayán.

Dicen que vieron a la mujer arrodillada al lado del muerto.

Dicen que puso su cara frente a la del cadáver como si estuviese mirándose en un cristal.

Dicen que vieron cómo la distancia entre los dos cuerpos se hizo blanca.

Dicen que existen lugares como destierros, a un paso del amor, a un paso de sus garras de juguete.

El viejo se acerca a la mujer y le pregunta con voz cavernosa:

¿Qué has venido a buscar aquí, donde nadie se atreve a venir?

No lo sé.

■ SEGUNDO PREMIO “TINAGUAYÁN”

ÁNGELA ÁLVAREZ SÁEZ

Un lobo azul le olisquea los pies descalzos.

En Tinaguayán los relojes se detienen. Algunos dicen que en este lado la tierra está imantada. Que es un imán enorme que se traga todo el tiempo, el que se perdió y el que resta.

En Tinaguayán tampoco funcionan las brújulas. No hay norte ni sur. Todos los puntos cardinales se concentran en la misma dirección.

Una vez uno de los que habitan estos parajes o uno de los que están de paso intentó dibujar un mapa. Cuando lo desplegó el mapa tenía la misma dimensión que el espacio que representaba, es decir el de una burbuja de metal azul.

Tinaguayán es el espacio que separa el objeto y el yo, la realidad y la imaginación, el arte y la crítica.

En Tinaguayán nadie tiene nombre ni recuerda de donde viene. Dicen que quien bebe de sus ríos contrae amnesia instantánea sobre su pasado. Y si alguien pregunta: ¿Qué es lo que has venido a buscar aquí? La respuesta no debería ser no lo sé, sino no lo recuerdo.

¿Cuál es el diagnóstico?

Parece ser que le arrancaron el corazón.

Desde las escaleras un niño pequeño está tirando dardos al horizonte.

Cada dardo que cae en Tinaguayán mata a un ciervo y a un dios.

¿Y aquí no tienen casas o cabañas sólidas? Para qué.

¿Y no cultivan la tierra? Nunca.

¿Hay algún jefe? Todos lo somos.

Tampoco he visto ningún templo.

¿Tienen algún dios, demonio, objeto sagrado o religión? Creo que una vez hubo uno, un dios. No sé si moriría.

Lo cierto es que no lo recuerdo con exactitud y aquí soy el más viejo. Pero ya nadie se molesta en buscar su cuerpo o su cadáver. Hace tiempo que no creemos, señorita.

¿Y qué hacen cuando sienten miedo? Una sonrisa enigmática apareció en el rostro del viejo, debajo de sus ojos grisáceos y su nariz aguda.

Sin saber por qué ella pensó en un sol arrancado con las manos y en su hueco el murmullo de una oración pagana.

■ **SEGUNDO PREMIO “TINAGUAYÁN”**

ÁNGELA ÁLVAREZ SÁEZ

Un lobo que acecha desde dentro de uno mismo.

Un lobo con la piel tan azul como un horizonte sin acotar.

En el sueño ella se encuentra con las ruinas de una iglesia.

Cientos de alas de ángeles sin forma humana yacen en el fondo de la pila bautismal. Y niños blandos y sin rostro caen del campanario.

Detrás de una de las columnas, una voz le pregunta:

¿Crees en la moral?

La casa se ha llenado de espejos amarillos.

Los espejos se han convertido en pájaros que van a beber de su ombligo.

Y dos ciervos blancos la miran desde la terraza.

La noche se llena de luciérnagas azules. Ella abre la boca y se traga los espejos, los ciervos y el azul que gira como en un cuadro de Van Gogh.

Los hombros caídos, la boca abierta, los pies ligeramente torcidos hacia la desidia.

Entre las montañas y la línea que divide lo conocido y lo ignorado está

el desierto donde moran los que imitan las costumbres de Dios.

A Dios le gusta ponerse piel de búfalo alrededor de su torso y jugar a los indios con sus hermanos.

Dios tiene la sonrisa arqueada y su espina dorsal es el callejón donde los hombres giran dentro de ánforas vacías.

Dios tiene el rictus indefinido de los condenados a muerte.

Entonces el tiempo era una cascada de ángeles que se posaban en el filo del día.

Ahora sólo hay un lugar blanco, tan blanco que nos ha dejado ciegos.

Salí por el techo de la casa, traspasando una ventana de cristal hiriente. Salí, salgo, de rodillas sobre la nieve, la nieve que enterró la casa - la casa en los subsuelos del lenguaje, latiendo en las venas de la memoria-.

Veo mi corazón dentro del tronco de un árbol. Mi corazón es una colmena de abejas. Mi presente es un par de alas de acero -incapaces de volar, pero sólidas como un pasado-. Saco el corazón y con los brazos extendidos

■ **SEGUNDO PREMIO “TINAGUAYÁN”**  
ÁNGELA ÁLVAREZ SÁEZ

se lo ofrezco al ciervo rojo. -El ciervo lame la sangre que se derrama sobre la nieve como en un cuadro modernista-

El mundo desde allí abajo parece un sueño provocado por la fiebre.

Los gases lacrimógenos y el mar en botellas de plástico.

La virtud y el lastre del primer pecado.

Los ideales y la posmodernidad.

Nosotros, los de los ojos espejo, tocamos un libro y se convierte en polvo.

Nosotros, los que hablamos una lengua milenaria, nos adentramos descalzos en el ramaje de la stirpe y escribimos poemas.

Ella se está columpiando en la copa de un ciprés

Luego vendrá la vida con sus panales vertebrados.

Somos mortales,

repetía una voz por el filo de un cristal azul.

Y la casa se hacía líquida y grave.

Hoy una manada de búfalos ha venido cerca del río.

Luego un águila se ha posado en el lomo de uno de ellos, hasta que el cazador del arco y la flecha se acercó más de lo debido.

Dormir es indiferente. Comer es indiferente. Vivir es indiferente. Morir es indiferente.

Entonces,

¿por qué está enunciando su indiferencia?

Cuando lleve entre nosotros el tiempo suficiente descubrirá por sí misma la respuesta. De momento tiene que saber que indiferente no es lo mismo que sin esperanza.

La mirada se le ha llenado de víctimas inocentes.

Detrás de cada acción el miedo se enrosca como la lengua del mar en la bahía.

Es un ave augurando el principio de la gravedad.

Es la gravitación de dos cuerpos alrededor de los dibujos circulares del destino. Dos cuerpos que se enlazan hasta que uno de ellos es vencido por la relatividad.

■ **SEGUNDO PREMIO “TINAGUAYÁN”**

ÁNGELA ÁLVAREZ SÁEZ

Es un padre que levanta el dedo para juzgar y cuyo castigo será la repetición de Tántalo.

Es el ciego que habita en la esfera de cada deseo.

Es la vida y la muerte tocando con sus garras afiladas el instante en el que todo gravita.

Un viejo traza el movimiento de los astros dentro de la mente de ella.

Más allá de los camellos que moran el pasado,

más allá de los beduinos y los oasis,  
más allá de las figuras de terracota,

no es la locura, es la conciencia de existir,

es la soledad sin ninguna máscara  
es el abismo

Me había quedado dormida. He soñado con una casa y unas escaleras pintadas con la tinta de un calamar gigante. Dentro de la casa alguien había derramado un líquido violeta sobre los ojos de un animal salvaje.

Todavía siento vértigo al recordar esos ojos. La horizontalidad de un bosque girando sobre sí mismo.

Por qué me lo cuenta. Los sueños no

son más que palabras y las palabras no sirven.

Aquí aprenderá a desaprender.

Yo también estoy solo, dijo el hombre.

Los dos se miraron sin reconocerse.  
Una distancia de color blanco emanó entre sus rostros.

Dicen que en Tinaguayán también habitan los muertos.

Desde que supo que no tenía corazón, comenzó a lanzar flechas a los pájaros para comer de su carne.

Una de aquellas flechas cayó donde estaba el hombre que le dijo yo también estoy solo.

La historia está condenada a repetirse eternamente.

No hay lugar adonde huir cuando se viaja a través del tiempo.

La memoria es una isla que no recuerda dónde ha escondido su tesoro. Aquí no necesitamos los tesoros.

Éste es el reino de los mendigos.

El reino de la desmemoria.

Creo que el cuento comenzaba con un lobo.

Érase una vez un lobo con los ojos reluciendo como una constelación sobre la nieve.

Si se quiere construir un sistema moral hay que darle nombre al terror y a la belleza.

Primero representamos un escorpión en nuestra conciencia para luego inventarnos un ángel que dé vueltas alrededor de su veneno.

Así la esfera de la virtud protegiéndonos contra lo que nos atemoriza.

¿Y si el lobo entra en la caverna y se come la idea del escorpión y del ángel?





# ACCÉSIT

## M<sup>a</sup> DEL MAR SANCHO SANZ

FECHA DE NACIMIENTO: 28/03/72.

### FORMACIÓN:

- Poeta y narradora, licenciada en Derecho y doctorando en Literatura Española, pertinaz viajera y crítica musical.

### TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

- Colaboradora habitual de varios diarios y revistas españoles y extranjeros.
- Es autora de los libros de poesía *Lisbon Visited* (2000), *Inventario de Invierno* (2002), *Winterreise* (2002) y *Variaciones sobre un viaje viejo* (2004), de los conjuntos de relatos *El perro que fuma* (2002) y *Concierto para hombre solo* (2004), y de las novelas *Conditio sine qua non* (2004) y *Aún es tarde* (2007).
- Su obra ha recogido numerosos premios y ha sido traducida al inglés y al francés.

## LAS CIUDADES QUE NO EXISTEN

### NEGUEV

*Aquéllos que han de marchar por  
el desierto saben que llega  
primero el que lo hace sin prisa,  
me insinuó un beduino llamado  
Musa en el desierto del Neguev*

Mi devenir es un desierto hendido  
por caravanas beduinas  
que dejan a su paso un silencio espeso  
casi rocoso

hasta que acampa la noche  
imperturbable  
y bebo del aroma de la arena para  
morir hasta el siguiente día  
no siendo entonces yo  
sino alguien infecundo con ojos de  
paisaje  
un profeta pretérito de olvidadas  
antífonas  
conduciendo un coche de alquiler  
hacia Beersheva  
desprovisto de cartografías y otros  
anhelos  
perpetuo anacoreta que reza reseco el  
sabor de las raíces  
al percatarse rojo de la aguja del  
combustible en la reserva  
y el sol enardeciendo riscos y  
barrancos

sin más botellas de agua en el asiento  
trasero  
en medio de la nada desalentado de  
todo  
resuelto a tornar la vista atrás  
contemplar extasiado las ciudades que  
no existen  
y transfigurarme tras bajar la  
ventanilla en otra estatua de sal.

### BELGRANO

Aquella vez el otoño perduró todo el  
año  
dimitieron hastiados los barrenderos  
las hojas encubrieron la ciudad  
y nosotros nos besábamos a ciegas  
en las esquinas las tardes procelosas  
el viento fue borrando los nombres de  
las calles  
extraviaron las estatuas sus pétreas  
vidas  
tras todas las ventanas los rostros  
ocres  
vislumbraban el pasar aterido de otros  
días  
éramos de los escasos que se paseaban  
audaces con el follaje a la altura del  
cuello

abrazados a veces abisalmente a la  
cintura  
de los semáforos o zambullidos en los  
secretos  
amarillentos de aquellos tiempos  
caducos  
incapaces de cruzar la avenida  
Belgrano  
hacia otra tierra lúcida carente de  
árboles  
de delirios de borrascas y de  
ensoñación.

### PISA

El día que se derrumbó la torre de  
Pisa  
me había despertado  
involuntariamente al alba  
y mancillado las calles de la ciudad  
antes de que llegase a ser ella misma.  
Un poeta que apenas conocí había  
fallecido  
y las esquelas propagaban negruras  
breves  
injertadas en cada esquina,  
bajo la cerrada mirada de los  
ventanales,  
sobre el mutismo herrumbroso del  
campanario.  
Me empeñaba en hallar abierto algún  
lugar  
donde desayunarme,

pensando que haría calor a la hora del  
entierro,  
cuando el estrépito detonó la  
curiosidad  
de inagotables habitantes apresurados  
centrípetos hacia un lugar idéntico.  
Crujían gemidos de mujeres y vigas  
antiguas.  
Llegué poco después, impío  
extranjero,  
y hallé tan solamente el cielo cerúleo  
de tantas alboradas de junio y a sus  
pies  
aquel cúmulo de piedras confusas y  
rendidas.

Esa misma tarde, al dejar el  
cementerio,  
un vendedor ambulante ofrecía  
postales  
con el colosal vacío de la nueva  
estampa.

### LOS HUTONGS

El hombre del bicicarro no sabía mi  
nombre  
entre los callejones astrosos de ácidos  
gritos  
saludándose al pasar raudo de ruedas  
las tardes que languidecen por la  
lluvia  
la tristeza serpentea amarillenta

hasta el vientre de los patios  
se encierra chirriante en las jaulas de  
grillos  
flamea moribunda la ropa tendida  
no hay prisa en las esquinas  
y una anciana vende entrañas de  
flores de loto  
más allá de los meandros de pasillos  
la vida hervida al vapor a mediodía  
idénticos recodos tintados de  
infortunio  
se suceden hasta la herida abierta de  
la avenida  
son cincuenta yuanes  
nunca he sabido el nombre del  
hombre del bicicarro.

### CAP-HAÏTIEN

El camino que conduce a Cap-  
Haïtien  
es emboscadamente verde  
angosto como el mutismo de las  
salamandras  
hendido de orificios mascados por la  
lluvia.  
Hay hombres con rostros ajados y ojos  
marfileños  
que conjeturan sobre mis propósitos  
en creol  
y les sonrío afirmativamente entre los  
acantilados

hasta estrechar sus manos tenaces de  
ceniza.

Me relatan entonces sus vidas  
fatigadas  
de serpientes que descienden desde  
árboles de mango  
para comer la tierra fecunda que sabe  
intensa a isla.

Escrutan después mi pasaporte que es  
sólo una libreta vieja

y porfiados a coro pronuncian mi  
nombre acallando la erre.

Los pájaros arrastran la mañana detrás  
de otras montañas

y el sendero se va ensortijando  
destiladamente

quizás hacia el verano, quizás hacia el  
averno.

Por favor, no cesen de narrarme  
historias rotas.

Sé que yo nunca llegaré a Cap-  
Haïtien.

### ISLAMORADA

Moriré en Islamorada  
en otra casa con vistas al ocaso  
al principiar la tarde incandescente  
me quedaré inerme sin anunciarme  
calmo como si hubiese muerto antes  
con una gelidez condescendiente  
y el alma purpúrea vagando entre

cayos  
trabados por breves puentes lánguidos  
requiriendo sollozos de barcos a vela  
se borrará mi rostro con el vendaval  
del reciente verano estremecido  
entre los manglares ya no seré yo  
sino solamente otro extraño entre  
tierra  
fecunda y agria hasta que tú me  
nombres  
sobre las piedras con tu voz granate  
y perseverare imperturbablemente  
muerto  
marchito amante sin terminarme el te  
con tarta de lima tan ávido de vida y  
de ti  
como lo estoy hoy mismo navegante  
ataviado con el último manto de esta  
isla  
hacia las aguas más umbrosas del  
olvido.

### LA TORRE DEL TAMBOR

Hace quizás setenta años la conocí  
con el rostro de arroz y la voz  
incendiada  
proclamando pájaros al salir del  
mercado.  
La sombra de la torre del tambor al  
mediodía  
era una mancha de tinta fascinadora

que el gentío hurtaba prendida en sus  
chinelas  
y esparcía después hasta oscurecer la  
ciudad.

Si ella hubiese sido tan bella como yo  
la vi

pinzada por los picos de todos sus  
pájaros

habría alzado el vuelo hasta alcanzar  
mi patria.

A cada atardecida la torre del tambor  
guarecía su cuerpo de seda sonrosada  
y aún recuerdo sus ojos angostos y  
vivaces

lacerando mi pasar desacertado de  
viajero.

Su nombre era Lili y la amé hasta el  
invierno

cuando iracundo su padre la alejó  
gélidamente

más allá de la orilla del río Chang  
Jiang.

La torre del tambor quedó silente y  
alta

como mi desaliento y partí hacia otras  
tierras

sabedor de que su ausencia sería  
sempiterna

hasta esta tarde vetusta tras otro  
mercado

en que una anciana ambarina  
declamaba pájaros

y he creído que podría ser ella y no  
podría serlo.  
Iba a llamarla Lili cuando la torre del  
tambor  
ha iniciado su canto doliente y  
metódico  
desvaneciendo mi voz de extraño  
exhausto  
al que aun errante nada le resta por  
soñar o vivir.

### BIG SUR

Los acantilados son ásperos ensueños  
verticales.

Alquilé un coche fúnebre al final de  
Santa Ana  
y partí arrebatadamente en dirección  
al Big Sur.  
Devoraban el paisaje a jirones las  
rendijas joviales  
de las ventanillas y se apenaban a mi  
paso bruno  
y lento los habitantes de las  
poblaciones más breves.  
Proseguí por la costa mordisqueada  
de riscos  
sesgando los secretos desconsolados  
de la neblina.  
El verano había muerto y en el  
asiento contiguo  
tú me conversabas pensamientos  
recostados

alimento de las gaviotas. Lentamente  
el Pacífico  
empapaba los resquicios grisáceos de  
mi tristeza.  
Tras la efervescencia efímera de los  
refrescos  
te obsequié sinuoso mi silencio  
durante horas  
hasta llegar a Carmel. Nunca más  
volví a verte  
y nadie cree esta historia sobre aquel  
coche fúnebre  
desvanecido por los perversos  
acantilados del Big Sur.

### SAUSALITO

Hace treinta y siete años habité  
brevemente en Sausalito  
y apenas en las noches recuerdo la  
bahía borrascosa  
zurcida por gaviotas deladoras de  
estridentes secretos.  
Yo reparaba entonces bicicletas  
en una casa oblicua al fin de  
Cloudview Road  
y fingía ser mudo para no hablarle a  
nadie.  
Los puentes pendían del paisaje en  
días despejados  
pletóricos de ojos y de sueños rojizos.

A veces displicente desde la  
mecedora  
avistaba el islote

contemplándolo yerto hasta dejar de  
verlo  
con todos los pensamientos  
anohecidos.

Distante la gran ciudad dentada de  
edificios  
devoraba evocaciones aún encendidas.

También terminó el verano  
impíamente húmedo  
y la casa fue tornándose amarilla  
como todos los silencios.

Dos días después ardió riente junto al  
té del desayuno.

Hice entonces el equipaje con cenizas  
y otros olvidos  
y, puesto que no era preciso  
despedirme de nadie,  
partí esa misma tarde más allá de los  
puentes  
hacia las fauces frías e infecundas de  
la ciudad.

### MAZUNTE

Parecía otra mañana cotidiana  
después de desayunar  
todas las ventanas confirmaron  
pavorosas la noticia  
había dejado de girar la Tierra

permanecía estática  
con una calma placentera y atroz lo  
repetían voces  
precipitándose en las calles en las  
panaderías en las  
fábricas en los gabinetes de gobierno  
y la línea dócil  
que desgaja el sol de la sombra  
persistía inmutable  
difunta sobre mi alfombra sobre el  
mundo entero  
transcurrieron las horas tras la misma  
luz quieta  
manaron opiniones de motivos e  
infinitos remedios  
era una mañana rutilante en Tokio  
noche prieta en París  
media tarde en San Francisco se  
sucedieron días  
que ya no podían ser así llamados y  
mientras estudiosos  
indagaban nuevos modos de designar  
el tiempo  
muchos principiaron a emigrar a otros  
husos horarios  
más propicios aquellos que habitaban  
noches perennes  
partieron hacia el mediodía y otros  
incapaces de dormir  
excedidos de luz llegaron a uno de  
tantos países oscuros  
varios meses después cuando se hubo  
constatado



que también había interrumpido la  
Tierra su translación  
decidí abandonar para siempre el  
invierno sin equipaje  
entusiasta de los ocasos me establecí  
en Mazunte  
donde ambarino el sol perseveraba a  
punto de rozar  
el océano Pacífico y de este modo  
alcancé azarosa  
e imperturbablemente quién iba a  
decirlo la felicidad.

# ACCÉSIT

## ALFONSO GARCÍA-LOMAS DRAKE

FECHA DE NACIMIENTO: 27/05/82.

### TRAYECTORIA ARTÍSTICA:

Otras obras:

- Almagramas.
- Reos de sol.
- El día de las secretarias y los becarios (mención del certamen Latinarte 2007 de la Comunidad de Madrid).

## HOJAS DE LECHUGA

*Pero las alegorías no son más que lechuga.* PUDIENDO IRSE DE MADRID

Allen Ginsberg

### EL PRIMER TERCIO

#### LOST IN TRASLATION

Has adelantado a alguien en una calle  
tantas veces.

Conociste temores  
sembrados paseos de desconocidos.  
Has acelerado el paso  
cuando parecía abrirse en ti  
sin lugar donde anochecer la cabeza.

Son sonidos que te exigen  
una última mirada al frente.  
La respuesta linfática de los pasos  
en advenimiento.  
Y así empapas de vendas tu cuerpo  
o le miras al infinito  
de un niño maltratado.  
Y vuelves y fumas  
en tu abatida calle,  
en el recuerdo rabioso de la cocina

con cierta disidencia ante lo indecible  
en el gesto de dejar las llaves.

Urbason protovit nutracel  
dalacín piralvex flixonás  
halibut clamoxil claral.

Vasoconstrictor  
antiácido angileptol  
omeprazol fisiológico complex  
Aero-red.

Anso  
feldene  
ketoprofen.

Isdinium  
ruscús bronquial

laxatin fortasec

pankreoflat.

#### DIRLEWANGER

El tambor que esconde el diafragma,  
la busca del bosque animado  
decorado del cielo pre-tormenta,  
el peso de las vendas sobre unos  
hombros  
perforando la tela con inquina.

■ ACCÉSIT "HOJAS DE LECHUGA"

ALFONSO GARCÍA-LOMAS DRAKE

El riñón tatuado: INCIPIT,  
ávido linimento morado del bazo.

## POLIGINIA

Quilates: moldes alejados de luz,  
espejo del baño de lija.  
Poliginia es cristal del cuerpo y restos  
de esmaltes escondidos  
cronológicamente,  
estatuas fundidas de argento.

Cuerpos,  
planas ruinas de civilizaciones  
perdidas en sus propios cuentos.

Metales  
irrisibles a su calor  
desapareciendo como sudor de  
Pompeya.

## LOCO POR BROOKLYN

Estoy cansado por la carta de ayer  
(Bogotá),  
nunca la hubiera recibido.  
Huyendo de ella, he salido a buscar  
excusas  
para no encontrar excusas, para no  
salir.  
Y he comprado unas entradas  
con la telaraña cerrando mis piernas.

Decididamente,  
algún día me atropellarán

donde Ríos Rosas cruza Brooklyn  
Heights.

Cansado de que nunca ocurra nada  
con mis dientes.  
Fallido el relato,  
el mundo es ancho y  
como cualquier otro corte de pelo.

(Como el conde de Villamediana por  
Brooklyn,  
así van quienes así se necesitan,  
siempre evitándonos entre la niebla).

## AFRANCESADO

Salgo a mi balcón  
cuando crujen las arañas en las  
sombras que crean los faroles.  
Juega la madera de los cierres en las  
puertas,  
agradecidas máculas de sonidos en los  
cigarrillos.  
Es lo más parecido que tengo a la  
calma,  
y hay alguien en casa,  
pero no les oigo  
en la seguridad y lejanía de un  
pueblo,  
la inexistencia del viento algunas  
noches  
en la costa norte,  
cuando mañana sea  
neutralizado lunes de agosto.

La urbanización que ahora miro  
no habla nunca a la cara  
(acaso peca el vecino  
en la compañía venial del periódico),  
y Kavafis aparecerá  
como el amante de un libro que lea.

## DISPARADERO

Alguna tarde, creo,  
en Ciudad Universitaria;  
la cristalera interior de la cafetería  
nocturna  
que empaparon como extranjeros en  
el Cascorro;  
las noches de dar trabajo a los  
camiones  
por la puerta trasera de ventas;  
las veces que esperaron la churrería  
de Manuel Becerra.

El olor a cine y marisquería de  
Cuatro Caminos. Esos cines  
que abren por la mañana.

Las ventanas de los hoteles que dan  
a la plaza de Colón.

El comienzo del verano en la estación  
de Chamartín.

La jubilación anticipada del duque de  
Pastrana.

Todas las calles que salen de Bilbao,  
San Bernardo, Jacinto Benavente.  
Los niños de Chamberí, los retrasos

de Iglesia;  
las casas que se esconden bajo  
Arapiles.  
El ministerio del jamón  
en el techo del Museo de defensa.  
La ginebra, los fados, los libros de la  
calle Luchana.  
El precio del café en los alrededores  
del Café Comercial.

La herida bajo la facultad de derecho  
en el vuelo de una golondrina.

General Margallo, Santa Engracia,  
Campoamor:  
todos los lunes que abrieron.  
San Vicente Ferrer con Fuencarral  
en todos los que no cerraban.  
Los vanos vándidos: Libertad,  
Albuquerque, Islas Filipinas.

Los vinos de Clara del Rey y Alfonso  
XIII.

El mar frente del Círculo de Bellas  
Islas.

No hay mejor sitio para perdonar,  
para reciclar un amor o cualquier otro  
invento  
que un contenedor de pilas.

## FRENTE A LAS REJAS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Últimamente  
te he buscado en rótulos y edificios

brillantes. Dos veces.  
Recientemente no estabas  
en las hojas nocturnas del Paseo del  
Prado.  
Incluso autobuses de rutas largas  
cruzan a estas horas la Castellana.  
Madrid, seis con quince de la mañana.

Te he buscado estos días, conmigo.  
No había nadie y los bares de Chueca  
bajaban sin fe las persianas.  
Contigo, estos días se quemaban  
la fuente y la bandera de la plaza,  
y no había nadie para verlo.

Ahora que no patinan los coches bajo  
el alcohol  
no hay muchachos que griten  
fados o versos de poetas vivos.  
No derrapan los taxis  
en las puertas de los hoteles que se  
llaman Colón  
ni oímos sus insultos.

Ahora cuando no pestañean los búhos  
y el fénix del bulevar duerme en la  
garita.  
Aunque paseen sus yemas los dedos  
por los timbres que no nos llamaron.  
Pasada la casa que comunicó,  
antes de la facultad de estaño,  
donde apenas llega el olor  
de las marisquerías cerradas de  
Cuatro Caminos,  
y lo suficientemente lejos  
de cualquier ministerio.  
A tres metros bajo tierra

y cien de la bodega  
del Círculo de Bellas Artes.  
Aquí se encerraron los atrios de la  
vida.

## CHRISTOPHER ROBIN

Alguien dice inevitablemente  
en mitad de un lago helado.  
Vino con pesca y brindar  
por quienes nos cambiaron  
por martinis con hielo y periódicos de  
domingo.

Alguien dice inevitablemente  
en mitad de un lago helado.  
Es el gran apagón de la ambivalencia.

¿Recuerdas cómo era al principio?  
Dulce como un caramelo.  
Hamlet disléxico  
en un abrigo rojo.

Willie C me pregunta  
por qué presiento no volver a verte.  
¿Recuerdas cómo es?  
El mago tras la cortina estaba en ese  
patio.

Sólo nosotros queremos  
sólo tener algo hermoso.

## CARTA A ROSA PINELLI

Colorado, Navidad de 19\_\_  
“El sol pegaba con fuerza,  
manchaba el cielo de amarillo  
iracundo,  
vengándose así de un mundo  
montañoso  
que en su ausencia  
se había quedado dormido y  
congelado”.

Quién sabrá esperarle.

“El sol seguía irritado.  
Días intensos, días tristes”.

Culpable de mirar  
el sudor en la nieve.

Castigado por querer robarle tiempo  
al tiempo para mirarte,  
para hacer coronas  
con palomas de sauce en las manos.

Sabiendo que no hay odio  
en el carbón del papel de regalo,  
esperando para morir un lento  
epitafio.

## FIESTA DE DESPEDIDA

Vasos oxidados de Madrid, sillas de  
mi antigua casa.  
Huellas de zapato en el pie, rodajas  
de miel estrenadas.

Hoy es vino: callan los retratos que  
tan bien nos dejaron  
rodeados de gente. Mañana es martes,  
se nos fue la vida en alguna escalera,  
tartas de facultad y servilletas  
firmadas.

Y en cada paseo que doy recojo un  
plato.

Y me río: cada vez que oigo hielos  
alguien habla de la invasión de  
Polonia.

Detergentes, tarde para la dueña de  
esos guantes  
que se quedaron con una copa en la  
cocina,  
azulejos, la caja de galletas que nos  
trajo  
Lady Ashley,  
fotos de sobrinos, queridos fantasmas,  
lugares comunes para actos en familia.  
En cada paso que doy me voy más  
lejos.

Cada beso que dais os vais más cerca.

## ÚLTIMA CARTA ANTES DE VEROS

Son más fáciles las espaldas que las  
cartas,  
las cartas de versos tomados de otros,  
estos versos  
unidos restos de cartas.

Es más fácil el jardín que la acera,  
observar el cambio de mes en el árbol  
del patio  
antes que en la sangre,  
el mundo que languidece en una  
mano  
sin existir fuera.

Prometeros el pasado  
antes que levantar cabeza,  
y espero me juzguéis por qué  
prometo.

No existe otra mesa como la nuestra,  
no existen estos versos sin el sello,  
no existe el jardín, el corte de pelo,  
la esperanza expirante en la mano,  
un futuro sin pasado prometido.

El presente ha sido  
el tiempo tardado en reencontrarse.  
El pasado es la mayor promesa.  
Sirven todos los presentes que  
hayamos vivido  
cada uno su lado  
lo que hayan tomado nuestras vidas.  
Cualquier presente, eso es la vida:  
el pelo que continúa creciendo  
en la cabeza del muerto.

El piercing, la Pared de la Memoria,  
la bombilla en el suelo, las crisis,  
la esperanza expirando en la mano  
no existe, no existen, no  
el presente,  
el hombre de las manos temblando,  
la plaza vacía, el frío

no existen,  
como no existe  
un futuro sin pasado prometido.

## ENTRE HOJAS DE LECHUGA

### CV NOCTURNO (SEMBLANZA DE MANUEL)

Una vez dijo adolescencia.  
Hubo un sueño de vino en las  
paredes.

Acaso no bastó  
reconocer su vida en los otros  
una primera vez.  
Acaso la cifra caduca de la edad  
frisando de noche los últimos días.

Esa noche estuvo,  
cuando en las paredes no había  
establos embargados  
por familiares de Verona,  
lápidas a escala de una muerte en  
Grecia,  
cabañas de hierba al borde de un lago  
ni casas abiertas a la luna de Granada.  
No por estar estuvo  
entre las palmeras negras de Bunker  
Hill  
en sus suburbios de puentes;

marineros de Manhattan  
en los botones siderúrgicos de una



camisa de fuerza  
el porche desvencijado y un  
macilento violín,

el engaño de los patos  
que se quedaron con el estanque  
en la Glorieta de Bilbao.

### ESPERA EN CUARTA FILA

Las doce y algo que se encierran  
la dejadez aliviada de los  
aparcamientos.  
¿Cuándo se conocieron estas calles?  
¿Fue aquí  
u otra vez  
a través de Pennsylvania, Maryland y  
Virginia?  
Las treinta y seis de algo  
encajadas como en semanas  
escuchando la Sonata triste de  
Granada  
viendo medallones blancos  
adelantando poetas en llamas  
de la asesoría de ayer.  
El hombre de la fila de al lado  
asa alegre sus guiños: Jack Kerouac  
espera  
en el desierto de la cuarta fila de  
Serrano.  
Las doce y tan poco  
la acera en paresia  
la luz abrasando.

### LOS COCHES, LAS DEIDADES, LA NEUROLOGÍA

¿Hispania? ¿What the hell is Castilla?  
Will Shakespeare

Él tú yo  
bruce springsteen  
rolling flamenco  
y periódicos de distribución gratuita  
iracunda terceras páginas  
por la gracia de cancilleres.

Y Joseph Porta, novelista amable  
por la gracia de Dios  
llevado a desayunar a Brooklyn  
en un atardecer soleado y casi escrito  
en la página que tienen todos los  
periódicos.

### LEOPOLDO

El hombre nunca estuvo allí  
cuando se desinflaron los sellos  
de los cubos de basura.  
Mientras el gato encendía la radio  
derramando lisergias en la calleja  
las estrellas asesinaban al turista.

### LAUTRÉAMONT

Mirar es inventar  
con la diferencia de los cuerdos.

Y tan hermoso como el encuentro

fortuito  
entre una máquina de coser y un  
paraguas  
donde tú quieras.  
Salvadores en trenes de cercanías.

## LA BODA DE GREGORY CORSO

Wrüstel & Beer  
gritos en una mañana soleada.

Extractos de prensa rosa  
y Drácula acelerando el paso por la  
otra acera.

## YO MATÉ A DYLAN THOMAS

Murió alicatado en la boca  
o en el rincón vináceo de la cocina.

El periodo estival de la mente  
y las plantas que van muriendo  
despacio,  
esperando a que ocurra  
en el borde afilado de las puertas.  
Yo maté a Dylan Thomas.  
No va a ocurrir.

La escalera de senectud  
rota,  
las plantas en todos lados.  
Los dientes van muriendo como días.  
Y todas las cosas se cuidan de sí  
mismas  
menos los dientes.

Aunque se vuelvan locos  
y la fe entre ellos se pierda en dos,  
mis dientes caerán con las plantas  
en el rincón vináceo de la cocina.

Yo maté a Dylan Thomas.

## SEMBLANZA DE SVEN

Días de buen tiempo y desocupación  
ordenada  
de masajes capilares y celeridad  
en malgastar las cosas.  
Días de relleno y abundancia de días  
en que los nombres de una ciudad  
representaban algo.

Días de amistad a pie de calle  
de nacer a filas de mañana.

Días de extraordinaria locura  
empaquetados en un fardo  
antes de nacer nadie.  
El tiempo de un cigarrillo amañado  
bajo los pulmones.

## EX UBÉRRIMA FIDE

(traducción libre de  
“Some bukowskian thought”)

Primera jornada laboral en San  
Antonio

frotando pulmones y gotean  
a violines de la tercera edad y deudas  
de Pastenak.

Empiezo a saber el significado de  
acritud,  
empatía estomacal y resiliencia  
no se qué maciloláctica.

Si creyera que mi respuesta fuese  
tachón plato roto tachón  
espacio en blanco espacio en blanco  
espacio de vida en blanco

y he medido mi vida con las cucharas  
del café:  
encontré sólo telarañas, viejos vales  
caídos en los rincones.

¿De qué esperan que presuma?

## ÍNDICE

*Lost in Translation*

### **PUDIENDO IRSE DE MADRID**

*El primer tercio*  
*Dirlewanger*  
*Poliginia*  
*Loco por Brooklyn*  
*Afrancesado*  
*Disparadero*  
*Frente a las rejas de la Biblioteca*  
*Nacional*  
*Christopher Robin*  
*Carta a Rosa Pinelli*  
*Fiesta de despedida*  
*Última carta antes de veros*

### **ENTRE HOJAS DE LECHUGA**

*Nocturno C.V. (semblanza de Manuel)*  
*Espera en cuarta fila*  
*Los coches, las deidades, la neurología*  
*Leopoldo*  
*Lautréamont*  
*La boda de Gregory Corso*  
*Yo maté a Dylan Thomas*  
*Semblanza de Sven*

*Ex ubérrima fide*

# CATÁLOGO

## EDICIÓN

Área de Gobierno  
de Familia y Servicios Sociales  
Dirección General  
de Educación y Juventud

## DISEÑO Y PRODUCCIÓN

Qenta Nova

## DEPÓSITO LEGAL

M-41725-2007